

CENTRO DE ESTUDIOS SIMÓN BOLÍVAR

MANUELA

VIVE



DIANA CAROLINA
PÉREZ MENDOZA (COMP.)



Manuela Vive

Manuela Vive

DIANA CAROLINA PÉREZ MENDOZA (COMP.)





1.ª edición en Centro de Estudios Simón Bolívar, 2022

Manuela Vive

Cuidado de la edición y corrección

Yessica La Cruz

Diseño de portada

Alejo

Diseño y diagramación

Orión Hernández

Imagen de portada

Manuelita Sáenz.

Retrato de Marcos Salas, 1924.

Óleo sobre tela.

© Centro de Estudios Simón Bolívar

Avenida Cota Mil. Sede del Centro de Estudios Simón Bolívar, San Bernardino, Caracas

ISBN: 978-980-7975-07-0

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito legal: DC2022000821

Índice

Presentación. Manuela Sáenz: una subversiva al orden colonial POR DIANA CAROLINA PÉREZ MENDOZA	7
Manuelita Sáenz. Cronología de una Libertadora	11
Manuela Sáenz y la política del Ecuador 1832 a 1845 JORGE VILLALBA FREIRE, S.J.	15
Manuelita Sáenz GERMÁN ARCINIEGAS	21
Las protagonistas MARY FERRERO	45
Sobre <i>La esposa del Dr. Thorne</i> : en defensa de Manuela CECILIA SÁENZ	47
Un intento de dañar la imagen de Manuela Sáenz JENNY LONDOÑO	49
Manuela Sáenz y sus destierros EUGENIA VÍTERI	51

Frente de Mujeres rechaza obra de escritor: en defensa de Manuela Sáenz	57
Fundación Cultural Manuela Sáenz protesta ante opinión pública	59
Acuerdo Antibolivariano de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela LEONARDO ALTUVE CARRILLO	61
El caso está cerrado ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ	63

Presentación

Manuela Sáenz: una subversiva al orden colonial

Pocas mujeres participantes del proceso de independencia han sido recordadas por la historia, Manuela Sáenz viene a ser una excepción a la regla, se han escrito varias biografías, se han hecho películas, documentales, es objeto de homenajes en fechas de interés.

Pero, también ha sufrido difamaciones, agravios e injurias a su memoria, si bien la historia le ha dado un sitio de honor desde que el 16 de junio de 1822 uniera su vida sentimental y política a la de Simón Bolívar, también la hizo sufrir en vida y después de muerta los ataques más cruentos por parte de los antibolivarianos.

Manuela desde temprana edad fue una mujer apasionada de la política y la lucha por la independencia, Antes de conocer a Simón Bolívar prestaba su casa a reuniones de los patriotas, organizaba a mujeres y obtuvo la orden de la “Caballeresa del Sol”, que le fue otorgada por José de San Martín.

No fue una esposa tradicional, casada con James Thorne por mandato de su padre, jamás se acopló a la vida de una mujer casada del siglo XIX, fue muy independiente. Para 1822 estaba separada de Thorne en una época donde eso era un escándalo, también tenía una vida propia muy activa entregada a la causa independentista, realmente nunca asumió el rol de esposa, siempre antepuso sus intereses y sueños al de su pareja. Eso aún en nuestros tiempos sigue siendo un hecho revolucionario.

Supo entender que la independencia no era un proceso solo regional, lo hizo antes que grandes héroes suramericanos como José Antonio Páez, Juan José Flores y Francisco de Paula Santander, por ello defendió hasta sus últimos días el ideal de Colombia la grande. Comprendió también que los regionalismos iban a ser nuestra gran traba, que impedirían un proceso de independencia plena.

Ella, cuando conoce a Bolívar ya tenía una historia de luchas sobre sus hombros, su amor por él le ha servido para ser recordada, pero también injuriada. Estar a su lado, pero sobre todo nunca haber traicionado el ideal colombiano la hace un personaje grande.

En 1822 se unen dos almas libres, enamoradas de la independencia, Manuela y Simón habían tenido grandes amores en su vida, pero ambos durante ocho años vivieron una relación política tan intensa, que resulta sorprendente hasta en nuestros tiempos.

Manuela Sáenz no fue una primera dama tradicional, no sólo por no ser la esposa legítima de Bolívar, sino porque nunca encajó en ese rol. Ella participaba activamente en el debate político, discutía con él sus decisiones, como cuando perdonó a Santander luego de su participación en el atentado de 1828. Ni siquiera estar al lado del gran hombre americano del siglo XIX la hizo asumir un papel secundario, siempre brilló con luz propia. Hasta en este siglo XXI resulta una compañera excepcional de un político importante.

Su vida estuvo unida al huracán revolucionario de su época, que tomó como el gran motor de su vida, al cual nunca renunció ni siquiera después de 1830. Ella una mujer criada en la comodidad y lujos típica de los criollos de su tiempo, vivió en la extrema pobreza luego de la disolución de la República de Colombia.

Sufrió persecuciones y destierro, se le prohibió la entrada a su propio país Ecuador, la Nueva Granada hizo lo mismo, recibiendo asilo en Perú donde pasó sus últimos años. Allí vivió en el Puerto de Paita, una vida muy pobre en lo material, pero rica en lo espiritual. Muy querida en el pueblo ayudaba a los habitantes, con quienes compartía anécdotas de su vida con Bolívar con quien quisiera escucharla.

Su esposo inglés quiso regresar con ella, pero Manuela lo rechazó, ni siquiera recibió la herencia que le dejó. Nunca lo amó, ni utilizó su dinero para irse lejos de su tierra y vivir una vida de lujos.

Supo aceptar su destino, nunca pidió clemencia, ni perdón, siempre defendió el ideal colombiano, ni siquiera la partida física de Simón Bolívar la alejó de su camino revolucionario.

Por ello, sobre Manuela se han tejido odios y rencores, para la oligarquía es un mal ejemplo y por eso se le ha catalogado de la amante, libertina o ninfómana.

Los escritos que se presentan en este folleto son una defensa de escritores hombres y mujeres hacia la figura de esta mujer. En 1988 un libro *La esposa del Dr. Thorne* escrito por Denzil Romero, ganador del pre-

mio *La Sonrisa Vertical*, en España, causó gran polémica. Bajo un manto de erotismo descalificaba la figura de Manuela Sáenz, desviándola de la grandeza de su legado, como fue el ser una mujer política y subversiva al orden colonial.

Aquí encontraremos diversas miradas de Manuela Sáenz, publicadas en el libro *En defensa de Manuela Sáenz: la libertadora del Libertador*, donde se dan serios cuestionamientos a la obra ya mencionada, y se reivindica la figura histórica de Manuela Sáenz.

A los bolivarianos que nos dedicamos a la escritura y a la historia, nos toca defender a esta mujer, quien por sí sola entendió lo grande de la idea de unidad. Manuela nunca pisó tierras venezolanas, pero sí amó a Colombia con su alma y corazón.

En Bolívar vio más que un amor carnal, realmente era una convencida de que el proyecto bolivariano era el indicado, por ello apoyó la Campaña del Sur participando en la batalla de Pichincha un mes antes de conocer al Libertador.

A doscientos años del encuentro de dos revolucionarios de su tiempo, rendimos tributo a una mujer valiente, grande e inmortal, que pese a los intentos por descalificarla Manuela se encuentra presente en las páginas más gloriosas de nuestra historia, por ello hoy reivindicamos su figura y nos declaramos herederas de su lucha y subversión al orden colonial.

DIANA CAROLINA PÉREZ MENDOZA

Manuelita Sáenz

Cronología de una Libertadora

27 de diciembre de 1797

Nace en Quito, capital de la futura República del Ecuador, Manuela Sáenz Aizpuru. Hija ilegítima del noble español Simón Sáenz Vergara y María Joaquina de Aizpuru.

1817

Contrae matrimonio con el comerciante inglés James Thorne.

23 de enero de 1822

Recibe la Condecoración Caballeresca de la Orden del Sol de manos del general José de San Martín, en Lima, por haber convencido a su hermano, capitán del Batallón Numancia, del Ejército realista, y demás oficiales, para que se unieran al bando de los patriotas.

24 de mayo de 1822

Tiene lugar la Batalla de Pichincha, la cual supuso el avance para la Independencia de Quito. Manuela participa en la batalla prestando ayuda a los heridos y elabora un plan estratégico para conocer las posiciones del Ejército enemigo con el propósito de informar a los generales patriotas. En su diario de Quito, relata: “No espero que me pague por esto, pero si esto es el precio de la libertad, bien poco ha sido...”.

16 de junio de 1822

En Quito, en medio de la proclamación de la libertad de esta ciudad y la incorporación oficial del país a la Gran Colombia, conoce a Simón Bolívar en el baile de celebración de la Independencia. A partir de este día, Manuela se convertiría en su compañera de lucha, amiga y amante.

Octubre de 1823

De nuevo en Lima, se incorpora al Estado Mayor del Ejército Patriota. Fue encargada de la Secretaría de la Campaña Libertadora, entregando a sus cuidados los archivos personales del Libertador. En esta campaña obtuvo el grado de húsar.

9 de junio de 1824

Bolívar invita a Manuela a marchar juntos por los Andes en dirección a Junín. El 16 del mismo mes, Manuela responde: "... mi amado, las condiciones adversas que se presentan en el camino que usted piensa realizar, no intimidan mi condición de mujer, por el contrario, yo las reto... ¡Qué piensa usted de mí! Usted siempre me ha dicho que tengo más pantalones que cualquiera de sus oficiales. ¿O no?...".

6 de agosto de 1824

Tiene lugar, en la llanura andina de Junín, la batalla recordada por el mismo nombre, que fortaleció la victoria de los patriotas, Manuela participa decisivamente en la contienda y es ascendida por su destacado valor a capitán de húsares. Se hace cargo de actividades económicas, estratégicas y hospitalarias de su regimiento.

9 de diciembre de 1824

Manuela participa activamente en la Batalla de Ayacucho. En esta memorable contienda alcanza el grado de coronela. El comandante Antonio José de Sucre le da parte a Bolívar de los detalles de la batalla, reconociendo la gallarda actuación de Manuela: "... incorporándose desde el primer momento a la división de húsares y luego a la de vencedores organizando y proporcionando el avituallamiento de las tropas, atendiendo los soldados heridos, batiéndose a tiro bajo los fuegos enemigos; rescatando a los heridos... Doña Manuela merece un homenaje particular por su conducta, por lo que ruego a su excelencia le otorgue el grado de Coronel del Ejército Colombiano".

Bolívar responde el pedido de Sucre, y dirige una carta a su compañera: "... mi orden de que conservaras al margen cualquier encuentro peligroso con el enemigo no fuera cumplida, a más de tu desoída conducta, halaga y ennoblece la gloria del Ejército colombiano, para el bien de la patria y, como ejemplo soberbio de belleza, imponiéndose majestuosa sobre los Andes. Mi estrategia me dio la consabida razón de que tú serías útil allí; mientras que yo recojo orgulloso para mi corazón, el estandarte de tu arrojo para nombrarte como se pide, Coronel del Ejército Colombiano".

1826

Vive con Bolívar en el Perú. Cuando Bolívar parte a Guayaquil en septiembre de ese año, Manuela permanece en Lima, defendiendo las ideas bolivarianas.

1827

Manuela es apresada por los adversarios de Bolívar y desterrada del Perú. Se dirige a Quito y luego a Bogotá donde se establece en 1828.

10 de agosto de 1828

En la celebración dedicada a Bolívar por el aniversario del triunfo de la Batalla de Boyacá, los conjurados al servicio de Santander ven el lugar propicio para llevar a cabo el magnicidio del Libertador. Manuela, que ya había sido prevenida y que había agotado sus recursos para impedir la asistencia a dicha fiesta, irrumpió en ella comportándose de una manera impresentable. De este modo, Manuela le salvaba la vida a Bolívar, consiguiendo que el Libertador, indignado con ella, se retirase de la velada.

25 de septiembre de 1828

Encontrándose Bolívar en su residencia en Bogotá, fue víctima de un atentado del que salió con vida, luego que Manuela desviara la atención de los enemigos y ayudara al Libertador a escapar de la casa. Esa noche Bolívar la llamó "la Libertadora del Libertador".

1834

Después de la muerte de Bolívar, Santander expulsa a Manuela de Nueva Granada. La “amable loca”, como la llamaba el Libertador, parte a la isla de Jamaica.

1835

Manuela intenta entrar a Quito, Ecuador, pero su pasaporte es revocado por el presidente Vicente Rocafuerte. En consecuencia, Manuela, desterrada de su patria, se instala en el puerto de Paita, al norte del Perú.

23 de noviembre de 1856

Muere Manuela Sáenz a los 59 años de edad, en medio de una epidemia de difteria que azotó la región de Paita. Su casa, con todos los archivos del Libertador que conservaba celosamente, fue incendiada por temor al contagio. Su cuerpo fue sepultado en una fosa común del cementerio local.

Tomado de *Memorias de Venezuela* N.º 5

Manuela Sáenz y la política del Ecuador 1832 a 1845

JORGE VILLALBA FREIRE, S.J.

Manuela Sáenz es desterrada del Ecuador por el gobierno de Vicente Rocafuerte

Quando decimos

Las mujeres son las que más fomentan el espíritu de anarquía: por este convencimiento hice salir a Manuela Sáenz del territorio del Ecuador.

21-X-1835. ROCAFUERTE

En octubre de 1835 retornó Manuela Sáenz y Aizpuru a su patria, después de siete años de ausencia. Venía procedente de Jamaica, a donde había sido desterrada el año anterior por el general Francisco de Paula Santander, presidente de la Nueva Granada.

Mas llegó en una época de convulsiones políticas, en las cuales se vio envuelta por la fuerza de las circunstancias: ni ella ni su familia podían ser neutrales; las facciones numerosas en que estaba dividido el Ecuador tampoco la consideraron neutral. Manuela Sáenz tuvo que sufrir, en su vida y en sus sentimientos de mujer patriota, las consecuencias de las contiendas civiles tan violentas de esa década.

El señor Vicente Rocafuerte era presidente del Ecuador, desde el 8 de agosto de 1835; el general Juan José Flores, jefe militar de Guayaquil; con él se entrevistó Manuela Sáenz en el Puerto, ya que era su viejo amigo desde el año 22, año de la llegada de Bolívar y su ejército a Quito. Manueleta aseguró al general de sus sentimientos pacíficos y de sus intenciones respetuosas ante el gobierno. Recibió un salvoconducto y cartas de recomendación para las autoridades; escribió además Flores una carta al presidente recomendando a su protegida y dándole las seguridades sobre su pacífico comportamiento. Y así se puso en camino hacia la ciudad natal y llegó sin contratiempos a Guaranda.

Parece que no llevaba entonces el propósito de quedarse a residir en Quito: iba solo de paso con el fin de arreglar sus asuntos económicos tan olvidados y venidos a menos: el arriendo de la hacienda Catahuango; de su almacén y demás propiedades; y a ver los restos de su familia dispersa y perseguida.

Desafortunadamente, caminando más aprisa que ella llegó al presidente Rocafuerte la noticia de la llegada y proximidad de la amiga del Libertador. Don Vicente reaccionó con violencia: de inmediato despachó un edecán hacia el sur, con orden perentoria dirigida a todas las autoridades de tránsito para detener y obligar a regresar a Guayaquil a doña Manuela Sáenz, y luego desterrarla del país.

A más de ser rudo el procede Rocafuerte ¿fue legal?...

La Constitución que regía en el Ecuador era la reciente de 1835, en la cual se restringía en extremo al Ejecutivo la facultad de desterrar a los ciudadanos.

Art. 63. No puede el presidente de la República privar a un ecuatoriano de libertad, imponerle pena, ni expulsarlo del territorio... sin previo consentimiento del Congreso.

Art. 64. En caso de invasión exterior o de conmoción interna que amenace probablemente, el Poder Ejecutivo podrá ocurrir al Congreso, hallándose reunido, acompañando los informes correspondientes, para que el Congreso le confiera detalladamente las facultades que considere necesarias.

Art. 65. En receso del Congreso, podrá dirigirse al Consejo de Gobierno, el que previa a la calificación del peligro, bajo su responsabilidad le concederá en todo o en parte las facultades siguientes:

...30. La de que a los indicados de crimen de conspiración los pueda arrestar, interrogarlos, poniéndolos dentro de tres días a disposición del juez competente o los pueda trasladar por un tiempo absolutamente necesario a otro punto de la República, o fuera de ella...

¿Se siguió este trámite en el caso de Manuel Sáenz, a quien el presidente acusaba de conspiradora? Parece que no.

Asegura Rocafuerte que previsamente solicitó el parecer de sus tres ministros y que todos ellos estuvieron de acuerdo en que era indispensable tomar una medida excepcional en bien de la tranquilidad pública. (14-X-35. *Estudios*).

Esto en realidad no ocurrió, como lo demostraremos más adelante.

La noche del 18 de octubre llegó el edecán a Guaranda y comunicó la orden presidencial al corregidor señor Antonio Robelli: este no perdió tiempo: acudió a la casa posada, e intimó, comedidamente, por cierto, a doña Manuela la disposición de Rocafuerte. Manuelita se irritó sobre manera y replicó con desenfado que ella no obedecía disposiciones de nadie sino solo del general en jefe del ejército, cuyo salvoconducto llevaba consigo; y que no volvería sino arrastrada a viva fuerza.

Robelli no era hombre de violencias, solo le hizo reflexiones respetuosas medio asustado de encontrarse él mismo expuesto a la irritación del presidente de Quito, o a la del general en jefe del Guayas. Antes de hacer nada, escribió de inmediato al general Flores pidiéndole consejo en tan inesperado caso. Su carta fue con una de Manuelita, que fue llevada por un propio que ella remitió a Guayaquil.

Entretanto la señora Sáenz avanzó adelante y llegó hasta la hacienda El Sinchig. Mas desde allí la obligó a regresar el corregidor a la vista de una orden terminante, y por escrito, del ministro del Interior, González Alminati.

La carta de Robelli es como sigue:

Excmo. Señor,

Aprovechando de la oportunidad de un conductor de esta, que es un propio que hace la señora Manuela Sáenz a V.E., me tomo la libertad de hacerle presente que ayer de noche ha llegado a este lugar un edecán del señor presidente Rocafuerte, con órdenes para todas las autoridades del trayecto para que hagan a dicha señora a la capital del Guayas. Y habiendo yo dado cumplimiento a lo mandado, e intimándole que se regrese en el acto, se ha obstinado dicha señora en no querer cumplir con dicha orden manifestándome una especie de pasaporte dado por V.E., diciendo que no obedecerá a nadie; solo a la persona de V.E.; profiriendo palabras muy seductivas y poco de-

corosas respecto a la persona de V.E. como por ejemplo, ha hecho entender que no hace ni obedece, exponiendo que así se lo ha encargado V.E.

Yo, por mi parte, he tomado las medidas más suaves que merece su sexo queriendo solo persuadirla a que no se exponga a que se cumpla lo mandado por los rigores de la fuerza. Pero todo es en balde, diciendo que no regresa, si no la llevan arrastrada.

En este concepto dejo a la consideración de V.E. en el estado que me hallo: primeramente mirando a la obediencia y respeto que debo a V.E.: como también al cumplimiento de mis deberes.

En caso que V.E. se digne contestarme, me diga, poco más menos, cómo arreglarme; favor que le seré agradecido.

Inter, deseo su mejor salud. Mande como a su afmo. y s.s. que B.S.M.

Antonio Robelli M.

La razón que daba Rocafuerte para desterrar a la señora Sáenz era de que él estaba persuadido de que ella venía a “reanimar la llama revolucionaria en venganza de la muerte de su hermano, el general José María Sáenz. Para evitar otro trastorno y otra guerra civil, se veía en la precisión de desterrarla”.

Flores recibió muy pesadamente este desaire del presidente Rocafuerte —“la negativa de este pequeño favor”, como decía— hasta el punto de romper en parte su amistad y sus relaciones de colaboración, diciéndole que, si bien respetaba las órdenes del primer mandatario, lo acontecido le había hecho advertir que, de entonces en adelante, no le convenría recomendación alguna al gobierno, ni prestar sus avisos en ninguna materia, como se lo había solicitado de parte de la presidencia.

Rocafuerte y su ministro González Alminati multiplicaron las cartas aplacando al resentido general; el cual tuvo que ceder y aconsejar a Manuela que también ella se sometería a lo inevitable. Demasiado sabía Flores que Vicente Rocafuerte era irreductible cuando tomaba decisiones sobre destierros, multas y otros castigos en contra de quienes estimaba que eran sus enemigos políticos o perturbadores del orden público.

Ante los hechos que acabo de referir nos preguntamos: ¿era en efecto Manuela Sáenz, mujer de influjo político tan eficaz, que podía trastornar el orden, a pesar de haber estado tanto tiempo ausente de su patria?

Manuelita Sáenz

GERMÁN ARCINIEGAS

1

Cuando Bolívar entró en Quito, en 1822, había pasado, en seis meses, por las honduras más negras y las glorias más prometedoras de su vida fulgurante. Había saltado del paraíso al infierno y del infierno a la gloria una, dos, tres, cuatro, cinco veces, en vertiginosa carrera, metiendo unas veces su alma entre el puño y otras liberándola como se suelta a un pájaro de la jaula. Lo que dejaba atrás era el compendio de estos altibajos. Al fin, y no iba a ser su último final, cayó en ese Quito delicioso, lleno de tentaciones, que nunca había visto, escondido rincón de la América verde que se arrojaba contra el frío con historias de amores ya legendarios.

Unos meses antes, desde Cali, escribió Bolívar a la melindrosa y más que melindrosa bella Bernardina, un billete que empezaba de esta manera: “¡Mi adorada; lo que puede el amor! No pienso más que en ti...”. Al mes, escribía a Santander desde Popayán: “Las viruelas se han introducido, las desertiones son diarias, se fugan los veteranos, no hay con qué mantener las tropas, voy a padecer quemándome aquí indecentemente: mande alpargatas, cartucheras si las hay, gorras para los reclutas y un vestido siquiera de manta; si hay buenas piedras de chispa, que vengan porque las que han mandado no sirven para nada...”. Desesperado, se lanzó a la guerra contra los de Pasto: era irse a estrellar contra las rocas. “Son los más tenaces y más obstinados, y lo peor que su país es una cadena de precipicios”. Eran circunstancias ideales para un empecinado como el Libertador. Metido en estos abismos, escribió a poco al coronel español:

“Devuelvo a usted sus comunicaciones, para que las envíe con el tratamiento que me corresponde o las guarde para siempre: Tenemos derecho a tratar a todo el pueblo de Pasto como prisioneros de guerra, porque todo él, sin excepción, nos hace la guerra, y para confiscarle todos los bienes... tenemos el derecho de tratar a esa guarnición con el último rigor de la guerra y al pueblo para confinarlo en estrechas prisiones...”. Asustando con palabras y peleando sin piedras de chispa, se empeñó en

la estúpida batalla de Bomboná y la ganó. La ¡batalla más heroica y menos gloriosa!, decía Mosquera. Pero la ganó... y tuvo que volverse a la otra orilla de Juanambú. Estos absurdos hicieron morir de miedo a los realistas. Entre tanto, Sucre ganó la batalla de Pichincha, y Bolívar redobló la ofensiva con esa literatura tan suya que es el mejor machete que haya brillado al sol de América. “¿Cómo quiere entrar a Pasto?”, le pregunta el gobernador rendido. Y Bolívar: “Cuando el Libertador Presidente de Colombia entra vencedor a una ciudad recibe los honores de un emperador romano”. Le hicieron arcos de triunfo. El obispo le esperó en la plaza con vestiduras pontificales, bajo palio. Se cantó *Te Deum*. “De Tulcán a Quito hemos marchado sobre flores...”

Al entrar a las calles de Quito “todas las ventanas y balcones estaban cubiertos con tapices y lucían en ellos las señoras y señoritas, vestidas y peinadas con mucha elegancia”. Llovían rosas, claveles. Seis señoritas vestidas de ninfas le esperaban en el tablado de la plaza. La señorita Arboleada le colocó la corona de laurel. De nuevo, *Te Deum*. Desfile... Y ¡guay! De un balcón le tira cierta dama una corona de laurel que le da en la frente. Con este golpe se alteró la historia. La de la prodigiosa puntería era Mrs. Thorne. Mr. Thorne se había quedado en Lima. Mrs. Thorne había llegado de Lima días antes, según decía, con la intención de vender un zambo esclavo, “sin seguro de vicios, enfermedades públicas ni secretas, libre de obligación, empeño o hipoteca”, y, además, 300 varas de damasco y 237 pañuelos de casimir. Es posible que Mrs. Thorne —porque todo es posible— dijera la verdad. Pero es posible que no. Mrs. Thorne no era una inglesa boba, sino una quiteña brava y astuta. Pudo dejar Lima por darse unas vacaciones de marido, pues Mr. Thorne era anglicano y aburrido, realista y necio. Era visible el hecho de que Mrs. Thorne quería echar al aire las canas que no tenía. La vida le brotaba por los poros. Era la impetuosa juventud, la pasión hecha carne y hueso. Prendía candela debajo de un aguacero. Soñaba con un caballero de estatura heroica. Con... Bolívar.

Por la noche hubo baile. Le fueron hechas al Libertador las presentaciones de rigor. Casi de última estaba la de la buena puntería. Ya esto significaba bastante para militar tan notable como Bolívar. Le fue fácil distinguirla. “¿Mrs. Thorne?” “No. Manuelita: me llamo Manuelita, me llaman Manuelita”. Hubiera podido agregar: hasta no hace un momento, era

Mrs. Thorne. No fue necesario. Se le veía en los ojos: eran de la piedra que da buena chispa.

Bailaron locamente, desesperadamente. Ella hizo unos solos de ñapanga, danza que el obispo de Quito llamaba “la resurrección de la carne”. A los oficiales ingleses se les caía la baba con esta resurrección. Sacados estos solos de danza, la noche toda fue para Bolívar. Manuelita era republicana peleadora. Los indulgentes dirían: ella tiene noticias de Lima, que comunicará a Su Excelencia. Quienes pensaran en otra cosa, callarían. Pero “ella”, ese día, fue de Bolívar antes del baile, en el baile y después del baile. Bolívar se dijo: “¡Adiós, Bernardina!”. Manuelita: “*Bye, bye, Mr. Thorne!*”.

Pasó un año. Año de amor a toda vela. Entonces, con esa ortografía adorable, propia de su educación, escribió la ex Mrs. Thorne al doctor Thorne, quien de Lima la requería para que fuese a reunírsele. “No, no, no más, hombre, por Dios ¿por qué hacerme escribir faltando a mi resolución? Vamos ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decir a usted 1.000 veces no? Señor, usted es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted, pero, mi amigo, dejar a usted por el general Bolívar es algo, dejar a otro marido sin las cualidades de usted, sería nada. ¿Y cree usted que yo después de ser la querida de este señor por un *año y con la seguridad de poseer su corazón prefiriese ser la mujer del Padre; del Hijo o Espíritu Santo o de la Santísima Trinidad?* Y si algo siento es que no haya sido usted mejor para haberlo dejado... Basta de chanzas formalmente y sin reírme y con toda la seriedad, verdad, pureza de una inglesa, digo que no me juntaré más con usted. Usted anglicano y yo atea es el más fuerte impedimento religioso, el que estoy amando a otro y no a usted es el mayor y más fuerte, no ve usted con qué formalidad piensa su invariable amiga. Manuela”.

Para tranquilidad de Bolívar, y quizá pensando en no confundir un siglo más tarde a los historiadores ortodoxos, agregó Manuelita en la copia de esta carta que le envió a Bolívar: “Ay que advertir a usted que mi marido es católico y yo jamás atea, el deseo de estar sin él me hacía hablar así”.

Resumamos: ¡Mrs. Thorne ha muerto! ¡Viva Manuela!
Telón. Fin del primer acto.

2

Nadie ha dicho que Manuelita fuera fea. Sería prohibida para menores, y eso basta. También lo fue su madre, la linda Joaquina Aizpuru, de las mejores familias vascas. Joaquina tenía metido el diablo en el cuerpo cuando hizo caer en sus tentaciones a un caballero tan respetable como don Simón Sáenz y Vergara, decoro del Ayuntamiento, joven sí, pero centro de un hogar formado como Dios manda. Consecuencia de los amores de la tentadora Joaquina y don Simón Sáenz nace Manuela. La hermana de Joaquina Aizpuru, abadesa del Convento del Carmen, la recoge. La partida de bautismo, si la hubo, quedó escrita en letra bastardilla. La hija del pecado creció traviesa y graciosa. A los diecisiete años, Manuelita era una bastarda bellísima, para defenderla de una herencia que estaba en la lengua del vecindario, la mantenían interna en el Convento de Santa Catalina. Pasó por esas calles el Batallón Real, que comandaba el apuesto Fausto de Elhuyar. Por algo le bautizó Fausto su padre, el sabio descubridor del tungsteno. Fausto vio a Manuelita, Manuelita mordió el anzuelo y Fausto la hizo escapar del convento. Manuelita no era ni tímida ni cándida como Margarita: llevaba, simplemente, su diablillo entre el cuerpo. En el convento, escándalo. Y escándalo, también, en Quito. Para eludir problemas se llevaron a Manuelita a Panamá, donde conoció a Mr. Thorne, que se enamoró de ella, ya no a lo español como Elhuyar, sino a lo inglés. Se casaron como Dios manda. Él la condujo al altar con aire, más que británico, paternal: le llevaba veinte años. Si Mr. Thorne no se dio cuenta de los riesgos, Manuelita, a su debida hora, le abrió los ojos con cartas como las que hemos visto.

Desde la noche en que Manuelita se robó a Bolívar en Quito hasta la noche en que le salvó la vida en Santa Fe de Bogotá, debió espantar siempre a las damas de buena sociedad. En las tres capitales: en Quito, en Lima, en Bogotá, cerraban las ventanas las señoras para no verla pasar entre soldados y generales. En Quito era la que abandonó al marido, en Lima la querida de Bolívar, en Bogotá la que caudillaba a soldados como un coronel. Juan Bautista Boussingault la conoció después de las tremendas campañas del Perú y de los duros viajes que hizo Manuelita siguiéndole los pasos a Bolívar. Era Boussingault mozo de veintiséis años y peor aún: francés, novelero, cortesano, espirituoso. Dejó de Manuelita

pinturas tan movidas que hoy producen entre los historiadores los mismo aspavientos que la presencia de la heroína entre las damas de su tiempo. Podría discutirse que Boussingault fuera un sabio, y nadie lo niega, pero lo que es evidente y todos afirman, es que en materia de mujeres era experto. El retrato que hace de Manuelita en Bogotá sirve tanto para darse cuenta de ella como de él: “No confesaba su edad. Cuando la conocí, representaba veintinueve a treinta años; estaba en todo el esplendor de su belleza irregular: linda mujer, gordita, ojos oscuros, mirada indecisa, tez rosada de fondo blanco, cabellos negros... A veces una gran señora, a veces una ñapanga. Bailaba con igual gracia un minuet o la cachucha... Poseía un encanto para hacerse adorar... Fumaba graciosamente... Sus manos eran las más bellas del mundo”.

Para Bolívar, Manuelita no era solo la mujer de las manos más bellas del mundo, de magnética atracción amorosa era además la republicana, fiera, astuta, implacable, que se vestía de soldado y daba miedo con la lanza. Era la generala del general. Cuando Bolívar llegó a Quito, tocó la línea ecuatorial de su mundo histórico. Al norte dejaba la mitad libre del mapa: le quedaba al Sur la otra mitad. Tendría que disputársela a San Martín en Guayaquil para saber de quién era esa gloria. Y Manuelita, para eso, era la adivina que no falla. Sabía de las intimidades del sur cuanto pueden saber las mujeres que conspiran, que se apasionan por una causa, que se abrazan a una idea. El bueno de Mr. Thorne, comerciatón, negociatón, realistón, debió contribuir no poco con sus cálculos para que Manuelita, por llevarle la contraria, se tornara más belicosa, más independiente, más guerrera. Cuando San Martín entró a Lima encontró una ciudad tibia y cautelosa en los varones, ardiente y decidida en las mujeres. Creó entonces la Orden del Sol, y premió a 112 mujeres a quienes ciñó la banda y entregó la medalla San Martín, igualó en esta selección a las empingorotadas condesas y marquesas, con Manuelita Sáenz, la quiteña; con Rosita Campuzano, la guayaquileña. Para su caso, no contaban sino las mujeres patriotas. Rosita Campuzano fue el pecadillo limeño de San Martín. Manuelita, amiga de Rosita, iba a ser: ¡quién lo creyera!

Era Bolívar celoso de su gloria. Manuelita, celosa de la gloria de Bolívar. Desde el instante en que Manuelita se incorpora en el tren militar

del Libertador, ya es la vigilante que todo lo columbra, la agitadora que todo lo despierta, la que le vela en el sueño, la que le sigue los pasos, la que no tolera que nadie le haga la más leve sombra. Ella le reclama: “Estoy —le dice— muy brava y enferma: es cierto que las grandes ausencias matan al amor y aumentan las grandes pasiones... El general Sandes llegó y no me trajo de V., ¿tanto le cuesta el escribirme? Si tiene V. que hacerse violencia no haga nada. Yo salgo el 1 de diciembre y voy porque V. me llama, pero después no me dirá que vuelva a Quito, pues ‘más bien quiero que pasar por sinvergüenza’. Manuela”. Bolívar, a su turno, no se queda corto: “Tú quieres verme siquiera con los ojos. Yo siempre quiero verte y revertirte y tocarte y sentirte y saborearte y unirme a mí por todos los contactos. ¿A qué tú no me quieres tanto como yo? Pues bien, esta es la más pura y cordial verdad. Aprende a amar y no te vayas ni aun con Dios mismo...”

A la guerra del Perú se fueron Bolívar y Manuelita. El Libertador llegó a Lima Primero. Enseguida cayó ella. Pronto, ella, en el despacho, recibía las cartas y las ordenaba, hablaba con los oficiales, con los republicanos. Las señoras que la habían visto no mucho tiempo atrás muy Mrs. Thorne, encontraban ahora en la desbordante amorosa una guerrera bravía. Salió el Libertador para la gran campaña en la punta helada. “Salí de Lima —escribía Bolívar a Santander— a interponerme entre Riva Agüero y los godos de Jauja, porque este malvado, desesperado de triunfar, estaba tratando de entregar su patria a los enemigos, para salir con más provecho, aunque menos lúcido”. Manuelita quedó en Lima hecha un ministro, o mejor: una guerrillera, que celaba, de lejos, a su dueño. En diciembre de 1823 Bolívar describía a Santander, desde Pellasca, el paisaje: “En medio de los Andes, respirando un aire mefítico que llaman soroche, sobre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a usted esta carta que deberá estar helada, si un cóndor no se la lleva y la hace calentar con el sol... Los godos son terribles... Tomaremos posiciones en las cimas de los Andes”. A los dos días escribía a Torre Tagle: “Ya tiene usted el Perú en Paz interna; los adictos a Riva Agüero han desaparecido”. Enseguida, Juan José Santana le escribía a Manuela: “Quiero ser el primero en dar a usted la noticia: ¡ya tiene usted destruida la facción de Riva Agüero! ¡Pronto estaremos en Lima!”

No pudo regresar Bolívar a Lima de inmediato. La campaña le había destruido. Tuvieron que llevarle a Pativilca medio muerto. En Pativilca comenzó a revivir. Santana le escribió a Manuela: “Está ya en estado de convalecencia. Sin embargo, nuestro viaje a Lima no está tan pronto... aquí estamos como alma que se lleva el diablo, muertos de calor, de fastidio y aburridos...”. Fue en esos días cuando Bolívar escribió una carta fantástica a su maravilloso maestro, el loco de don Simón Rodríguez. Pasaron dos semanas. En Lima, los realistas celebraron la noticia de que Bolívar estaba muriéndose. Se alzó El Callao. Entraron los de El Callao a Lima. Entre los primeros, dentro de la lista de los que deberían ir a la cárcel, estaba Manuela. La astuta olió el peligro, y no se dejó agarrar. Metió a toda prisa, en cajas, el archivo de Bolívar, vistió de militar y partió en busca de su dueño. Bolívar escribía a Santander: “Este mundo se está desmoronando”. Bolívar escribía a Mariano Necochea: “El Callao está perdido. Lima se ha de perder. Los buques están bajo las baterías enemigas. Las tropas, miserables...”. Pero Bolívar era Bolívar. En esos días, llegó a visitarle don Joaquín Mosquera. “Lo encontré —escribió don Joaquín— ya sin riesgo de muerte del tabardillo que había hecho crisis, pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de baqueta, recostada contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jin que me dejaban ver sus rodillas puntiagudas; sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico. ‘Y ¿qué piensa hacer usted ahora?’, le pregunté. Entonces, avivando los ojos huecos y con tono decidido, contestó: ‘¡Triunfar! ¡Triunfar!’”.

Y así fue. Pativilca parece inverosímil, fue la antesala de Junín. Para llegar a Junín, Bolívar escaló los Andes, repasó el paisaje de escarcha y desolación. A distancia, Manuelita le seguía. Manuelita anduvo trescientos kilómetros por el infierno de frío, donde la escarcha quema. Pasaron juntos una noche en Huaraz. Luego, siguió Bolívar adelante. Manuelita, sola, era una división de Cruz Roja. Al acercarse a las llanuras de Junín, Bolívar dice a los soldados unas coas incomprensibles que los hacen enloquecer de ganas de pelear. Les dice: “El Perú y la América toda guardan de vosotros la paz, hija de la victoria y aun la Europa liberal os contempla con admiración, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza

del Universo...”. Bolívar era así: hablaba directamente en bronce. Vino la batalla y la victoria. Se alzó “la mano de los incas vengadora”. Fue el principio de la liberación del Perú. Una alegría feroz de amor de victoria iluminó el rostro de Manuela. Tras la victoria de Junín, vino Ayacucho. Y fue la libertad de América. Lo que Bolívar había dicho a los soldados.

Lo que sigue ya no tiene sino un sabor amargo. Cuando Bolívar recibe la noticia de Ayacucho de labios del capitán Alarcón que irrumpe en su despacho al grito de “¡Victoria! ¡Victoria! ¡Victoria!”, debió sentir, con la alegría infinita de ver cumplida su misión libertadora, la dura impresión de que comenzaba su áspero camino, sin esperanzas, de organizar las repúblicas. Y sobre esta materia sus dudas eran abismos. En la Nueva Granada, Santander defendía la democracia civil, el imperio de una Constitución representativa. Era el hombre de las leyes, como decía Bolívar. Los amigos de Bolívar, sus compañeros de armas, estaban por el predominio militar, querían a un Bolívar omnipotente y suyo, repudiaban la idea de los congresos. Por otra, Venezuela no se sometía al gobierno de la Nueva Granada, quería vida propia. Páez surgía como el gran caudillo con la leyenda de las Queseras del Medio que lo convertía en el Centauro de los Llanos. ¿Podría permanecer Bolívar en Lima, al margen de todo? ¿Mirar a distancia la hoguera que se prendía sobre la Gran Colombia? ¿Vivir en la quinta de la Magdalena, haciéndole el amor a Manuelita? ¡Ni ella lo permitiría! El Libertador debió embarcarse para el Guayaquil, más melancólico que resuelto y echó a andar hacia Bogotá. Hacia el azar. Lo vio salir Manuela y no le dijo: “Adiós”, sino “Te alcanzaré muy pronto”. Quedó como una mujer que hace la guardia.

3

1827. Estamos a tres años pasados de Ayacucho, y a las clarinadas de la epopeya ha sucedido el sórdido forcejeo de los hombres. Algo más. La apasionada lucha por las ideas. América era más romántica que Europa. Llegó el Libertador a Bogotá con las ideas de la Constitución que había escrito para Bolivia —Constitución reaccionaria, hija del escepticismo, con presidencia vitalicia, senado aristocrático, voto discriminado. Bogotá, penetrada del espíritu civil de Santander, le recibió entre hostil y pedagógica, con arcos de flores que llevaban esta leyenda provocadora:

“¡Viva la Constitución!” Ya se sabía que era la Constitución civil de Santander, no la de Bolivia. Un mes antes de entrar a Bogotá, Bolívar le había escrito a Santander desde Pasto: “... todos los pueblos del Sur me han proclamado dictador, y han pedido la Constitución bolivariana para después de la dictadura. Yo no pienso que esta Constitución valga mayor cosa, pero sí imagino que tiene más solidez que la de Colombia. Los que la critican son unos miserables que no pueden elevarse a la altura de un legislador; yo no lo soy, pero tengo más experiencia y más inspiraciones que esos pigmeos... La dictadura con su omnipotencia fundirá todos los partidos y los hará entrar en el silencio. Después se debe consultar la voluntad nacional para saber qué quiere... La dictadura ha sido mi autoridad constante... Esta magistratura es republicana; ha salvado a Roma, a Colombia y al Perú. Supongamos que un Congreso se reunirá en enero: ¿qué haría? Nada más que agriar los partidos existentes. Jamás un Congreso ha salvado una República”.

También, camino de Quito a Bogotá, Bolívar había escrito a Manuelita: “Mi encantadora Manuela: tu carta del 12 de septiembre me ha encantado: todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños. Yo, viejo, sufro el mal que ya debía haber olvidado. Tú sola me tienes en este estado. Tú me pides que te diga que no quiero a nadie. Oh, no: a nadie amo, a nadie amaré. El altar que tú habitas no será profanado por otro ídolo ni otra imagen, aunque fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa o de Manuela. Créeme: te amo y te amaré sola y no más. No te mates. Vive para mí y para ti: vive para que consueles a los infelices y a tu amante que suspira por verte. Estoy tan cansado del viaje y de todas las quejas de tu tierra que no tengo tiempo para escribirte con letras chiquiticas y cartas grandotas como tú quieres. Pero en recompensa, si no rezo estoy todo el día y la noche entera haciéndote meditaciones eternas sobre tu gracia y sobre lo que te amo, sobre mi vuelta y lo que harás y lo que haré cuando nos veamos otra vez. No puedo más con la mano. No sé escribir”.

No estaba el tiempo, con todo, para amores. Más que las ideas civiles de Bogotá, le preocupaban a Bolívar las noticias de la insurrección en Venezuela y sin demorar en la capital, organizó su viaje para Caracas. Una cosa le daba seguridad: la fidelidad del Perú a la Constitución de Bolivia.

Los correos andaban más despacio que Bolívar. Llegó a Caracas y las cartas que le llegaban del Perú traían dos y tres meses de retardo. En febrero de 1827 escribía a Fernández Madrid, diciéndole: “Las repúblicas del Perú y Bolivia están tranquilas y, según las últimas noticias que he tenido de aquellos países, todo marca allí en orden y hacia la tranquilidad. Ambos pueblos han adoptado la Constitución que se les ha presentado...”. No sabía Bolívar que hacía un mes Lima se había levantado contra él, que habían apresado a Manuelita y la habían consignado en el Convento de las Nazarenas; que Manuelita, disfrazada de militar, había escapado para levantar el ánimo de sus gentes, que la había agarrado de nuevo y la habían sacado en veinticuatro horas del Perú embarcándola hacia Guayaquil. Mientras estuvo en el Convento de las Nazarenas, el convento se convirtió en el Cuartel General de la contrarrevolución; entraban los oficiales, salían los correos de Manuela, las autoridades decían que era una arpía deslenguada. En realidad, jamás había prendido una hoguera parecida en un convento de Lima.

No fue tranquilo, para Manuelita, el viaje de Lima a Guayaquil. En el buque se peleó con uno de los más gallardos soldados de la Independencia, con el general Córdoba, el hombre que decidió el triunfo de Ayacucho con la orden que hizo arrolladora la infantería: “¡Soldados, armas a discreción, paso de vencedores!”. El bello general Córdoba debió parecerle a Manuela poco bolivariano; Córdoba pensaría que parte de la animosidad de Lima contra los generales de Bolívar era una consecuencia de los excesos de Manuela. Como los dos eran soldados, poco les faltó para irse a las manos.

En Guayaquil no estaban las cosas mejor que en Lima. Manuela tuvo que salir, a caballo, para Quito. De Bogotá, de Caracas, le llegaban las noticias con lentitud desesperante. Era una fierecilla encadenada en el ocio. O en la desesperación. No recibía respuestas de su amante. Al fin, le llegó una carta: “El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de mí. Ven, ven, ven luego. Tuyo de alma...”

Manuelita montó a caballo. La acompañaban el coronel de Marquet y dos esclavas, dos negras fieles que nunca la desamparaban: Jonatás y Nathan. Manuelita montaba como un soldado. Cabalgó un mes y nueve días. Lo que se gastaba, a buen dar, de Quito a Bogotá.

4

El 6 de febrero de 1827 desde Caracas escribió Bolívar a Santander una larga carta que terminaba con estas palabras: “Me escriben de Bogotá que no tengo dos amigos en esa capital. Prueba infalible de que, por lo menos, se trabaja contra mí, y puedo decir con franqueza que me alegro, para que nada me cueste desprenderme de Colombia”. Fueron las últimas palabras que, en su vida, le llevaron a Santander un mensaje amistoso de Bolívar. Poco tiempo después supo Bolívar lo de Lima, y lo atribuyó a Santander. Entonces le ordenó: “No me vuelva a escribir jamás”. Y jamás volvieron a escribirse. En una carta a Páez le decía: “Al fin se han realizado mis ideas con respecto a Bogotá y aquello que tantas veces he dicho a usted con respecto a Santander. La perfidia y maldad de este hombre ha llegado a tal extremo, que ha soplado la discordia entre venezolanos y granadinos en el ejército colombiano de Perú”. En el alma celosa y de pelea de Manuelita esto se transformó en una pasión incontenible. Llegada a Bogotá, montó la guardia en Palacio. Que alguien conspirara contra la gloria de su héroe era para obligarla a montar a caballo con la lanza en ristre. Si hubiera estado en sus manos, habría fusilado a Santander. Escribe a Bolívar: “Lo que ha hecho Santander *es para que lo fusilemos*. Dios quiere que mueran todos esos malvados que se llaman Santander, Padilla, Páez... De este último siempre espero algo. Sería el gran día de Colombia, el día en que estos viles muriesen; estos y otros que son los que le están sacrificando con sus maldades para hacerlo víctima un día u otro. Este es el pensamiento más humano, que mueran diez para salvar millones”.

Sin ganas de vivir en Palacio, habitaba Bolívar en Bogotá una quinta en las afueras —algo como la Magdalena de Lima—, adonde solo llegaban sus íntimos, o visitantes ilustres. Cuando Bolívar salía, quedaba Manuelita dueña y señora de la quinta. El sitio era agreste e incitante, al pie de los dos cerros: el Monserrate, y el Guadalupe con sus iglesias

blancas en la punta. La quinta, baja, con corredores en torno, agradaba a los oficiales que se paseaba fumando y haciendo sonar las espuelas. En las eras de un pequeño jardín, encerradas con ladrillo tablón puesto de canto, rosas silvestres y rosas de castilla, violetas y verbenas, heliotropos, que enviaban un perfume de primeros amores. Pinos, cerezos, arrayan-tes, robles, formaban un bosquecillo, que invitaría al descanso a una mejor menos activa que Manuelita. Se oía al fondo el chorro que llenaba la alberca. Bolívar y Manuela tomaban deliciosos baños de agua casi helada. En aquellos tiempos un baño así y un vaso de vino eran un placer, una invitación a montar a caballo, a correr por los polvorientos caminos de la sabana.

Una tarde, cuando la quinta parecía un campamento, y en ausencia de Bolívar, Manuelita levantaba tribuna para poner a Santander de blanco de todas las iras, se formó un consejo de guerra, carnavalesco, en que los gestos de los oradores tomaban fantasmagóricos reflejos a la luz de las hogueras en donde se preparaban asados deliciosos. Se había bebido como en una fiesta, y se terminó el proceso decretando el fusilamiento del “Hombre de las Leyes”. Con paja y lana se relleno el uniforme de un general hasta formar un rollizo muñeco. Se hicieron una cara de trapo, que adornaron con bigotes pintados al carbón, y unas manos con guantes henchidos de yerbas. Los oficiales del séquito de Manuelita seguían estas diabluras con risotadas y palabras de campamento, y a la quiteña se le convertían en chispas de los ojos los reflejos de la candela. La orden de disparar no la dio ningún general: la dio la generala. Manuelita gozó como una loca. Solo que no todos le hicieron coro. Y uno, cuando menos, expresó claramente su disgusto: el héroe de Ayacucho, el general José María Córdoba.

A poco, escribía Bolívar una carta de respuesta a Córdoba, en que le decía: “Sabe usted que yo lo conozco a usted por lo que no puedo sentirme con lo que usted me dice. Ciertamente conozco, y más que nadie, las locuras que hacen mis amigos. Por esta carta verá usted que no los mimo. Yo pienso suspender al comandante de Granaderos y mandarlo fuera del cuerpo a servir a otra parte. Él solo es culpable. Por lo demás tiene excusa legal, quiero decir que no es un crimen público; pero sí eminentemente torpe y miserable... en cuanto a la amable loca, ¿qué quiere usted que

yo le diga a usted? Usted la conoce de tiempo atrás. Yo he procurado separarme de ella, pero no se puede nada contra una resistencia como la suya; sin embargo, luego que pase este suceso, pienso el más determinante esfuerzo para hacerla marchar a su país o donde quiera... Usted, mi querido Córdoba, no tiene que decirme nada que yo no sepa, tanto al suceso desgraciado de estos locos, como con respecto a la prueba de amistad que usted me da. Yo no soy débil ni temo que digan la verdad. Usted tiene más que razón, tiene una y mil veces razón, y, por lo tanto, debo agradecer el aviso que mucho debe haber costado a usted dármelo, más por delicadeza que por temor de molestarme... Rompa usted esta carta, que no quiero que se quede existente este miserable documento de miseria y tontería...”

5

1828. Fue un año fatal para Bolívar. El año de la Convención de Ocaña, el año de la conspiración. Las elecciones para la Convención las perdió en la capital el partido de Bolívar, a la cabeza de los elegidos estaba Santander, y luego seguían los grandes de su corriente: Azuero, Soto, Gómez... Melancólicamente, el Libertador decía que de la Convención nada esperaba, que de ahí se seguiría la guerra civil. Fue a seguir los resultados de la Convención en Bucaramanga. Desde el primer momento se vio que la opinión era adversa al sistema que Bolívar preconizó para Bolivia. A diario recibía en la antigua casona donde compartía con sus edecanes las horas de espera, cartas que no hacen sino precisar la pintura de la decisión. Bolívar echaba a cabalgar a Girón o a Piedecuesta, leía a Homero y a Voltaire, se mecía nerviosamente en la hamaca. De Bogotá le llegaban billetes de Manuela. Un día, le contestó: “Me voy para Bogotá. Ya no voy a Venezuela. Tampoco pienso en pasar a Cartagena y probablemente nos veremos muy pronto. ¿Qué tal? ¿No te gusta? Pues, amiga, así soy yo que te ama con toda el alma”. Dos meses después, el Libertador tomaba la vía de Bogotá. Iba camino de su ocaso. Al llegar a El Socorro, le comunicaron de un movimiento ocurrido en Bogotá. Se había formado una junta de notables para desconocer la Convención de Ocaña y le nombraban dictador. El mismo día le comunicaban de Ocaña que los veinte diputados de su partido habían abandonado la Convención dejándola sin quórum.

Le calvó las espuelas al caballo y apresuró la marcha. Cabalgaba hacia la dictadura, le recibieron los notables, aceptó la dictadura y por decreto destituyó de la vicepresidencia a Santander. Trató de aprovechar las circunstancias para dar una Constitución provisoria, también por decreto, “para asentar —le escribía a Páez— un sistema perpetuo, y no transitorio como es la dictadura”. Los civiles de Bogotá se precipitaron a conspirar. En menos de un mes se produjo el atentado.

Ahora, Bolívar vivía en el Palacio, y a media cuadra tenía sus habitaciones Manuelita. Boussingault se ha encargado de hacer un retrato de Manuelita, que es todo un pastel a la francesa. “Manuelita estaba siempre visible; de mañana vestía *negligé* que no carecía de atractivo. Los brazos desnudos, sin preocuparse por mostrarlos. Hablaba poco, fumaba graciosamente, su aspecto era modesto. De día solía salir vestida de oficial. De noche se metamorfoseaba, tal vez al influjo de unos vasos de oporto. Indudablemente se ponía colorete. Peinaba artísticamente sus cabellos. Mostraba mucho ímpetu; era alegre, sin finura, y a veces usaba expresiones un poco atrevidas. Imprudente hasta el exceso, cometía acciones verdaderamente censurables, solo por el placer de cometerlas. Un día, cabalgando por las calles de Bogotá, divisó a un soldado de infantería que llevaba el santo y seña colocado en la punta del fusil. Lanzarse al galope sobre el infeliz y arrancarle el santo y seña fue cosa de un instante. El soldado le disparó sin hierirla y ella, al momento, se volvió y le entregó el sobre. Adoraba a los animales, entre estos a un oso insoportable que tenía el privilegio de rondar por toda la casa. Una mañana llegué a visitar a Manuelita: como todavía no se había levantado, tuve que entrar en su alcoba. Allí vi una escena espantosa, el oso estaba echado sobre ella y le tenía las garras puestas sobre los senos. Al verme entrar, Manuelita me dijo con calma: ‘Don Juan, vaya a la cocina, traiga una taza de leche y póngala a los pies de la cama: este oso del demonio no quiere dejarme’. Traje la leche. El animal lentamente descendió de encima de su víctima. ‘Vea —me decía Manuelita mostrándome el pecho—, no tengo ninguna herida.’ Una noche fui a su casa. Manuelita se acababa de levantar de la mesa y me recibió en su saloncito. En la conversación elogió la habilidad de las quiteñas en toda clase de bordado y para probarlo quiso mostrarme una camisa artísticamente hecha. Sin el menor embarazo y de la manera más

natural tomó por el ruedo la que tenía puesta y se la alzó de modo que pudiese examinar la labor verdaderamente notable de sus amigas. Hube de ver, como es natural, algo más que las aplicaciones. ‘Mire, don Juan, cómo están hechas’. ‘Hechas al torno’, respondí aludiendo a las piernas...”.

El 15 de septiembre había una luna espléndida. Las calles empedradas, húmedas, brillantes. Al centro, el caño de agua que orquestaba con su música el croar de las ranas. A cinco cuadras del Palacio, en el barrio de Santa Bárbara, la casa del poeta Luis Vargas Tejada, fueron llegando los conspiradores. Nadie los espía, aunque en el aire estaba que un atentado contra la vida de Bolívar era inevitable. Siempre, por las calles solitarias, había tipos así, embozados en las capas españolas iban a jugar tresillo. Agustín Horment era un francés, rubio, que le enseñaba idiomas y matemáticas a Córdoba, y tendría en el caletre historias y novelas de la Revolución francesa. Pedro Carujo, venezolano, era un matón primitivo, elemental; entró en la conjura por el simple sabor de la aventura. Los granadinos eran gente más bien de letras que de armas, que ignoraban cómo se disparaba el trabuco, cómo se da una cuchillada, pero estaban muy dentro del plan de apresar al Libertador, apasionados como eran por la ley, por el espíritu de Santander, todos fueron más tarde grandes patricios: Vicente Azuero, Florentino González, Mariano Ospina. Estaba también Vargas Tejada, el dueño de casa, que ganaba a los otros en talento y en locura, era la pasión lírica, el hombre de teatro cuyas comedias heroicas o burlonas conmovieron o hicieron gozar a Santa Fe, poeta romántico, pálido y fogoso. Se discutió el plan y mientras llegaba la hora de partir, Vargas Tejada declamó la octava famosa:

Si a Bolívar la letra con que empieza
y aquella con que acaba le quitamos
oliva, de paz símbolo, hallamos.
Esto quiere decir que la cabeza
del tirano, y los pies, cortar debemos
si una perfecta paz apetecemos.

Las noches de Santa Fe eran de vidrio cuando el cielo estaba despejado, y el 25 de septiembre la luna llena hacía ver más blancas las casas

encaladas, y más negros los pinos. No tuvieron los conspiradores que llevar linterna: les bastaba el oído para moverse como sombras. Pasaron el puente de San Agustín. Ruidoso el río, que entonces era de veras río, rompía el agua contra las piedras. Dejaron atrás el Convento de los Agustinos y sus huertos. De los grandes solares sobresalían las siluetas de los arbolocos, las cabezotas de los cerezos. Subieron por la calle del convento que fue de los jesuitas. Al volver la esquina —ya era cosa correr cien varas—, apuraron el paso, apretaron el mango de los puñales. La guardia era escasa, en realidad, bastaba atropellar a unos cuantos soldados, adueñarse de la entrada y el resto era cuestión de saberse comportar. Amarrarlo, pensaban los unos; detenerlos, los otros; alguno, tal vez, matarlo. Delante de los conjurados iba el militar, Carujo, con otros soldados: su papel era violentar la entrada, los centinelas les detuvieron a la voz de “¡Alto!”. No lo dijeron dos veces: a golpes y cuchilladas quedaron, tendidos, en el sitio. Eran ya dueños los asaltantes del zaguán. Pasaron al contraportón. El Palacio era suyo. El patio parecía de cristal, húmedo bajo la luz de la luna. Resonaron los gritos de victoria: “¡Muera Bolívar! ¡Abajo el tirano! ¡Viva la Libertad!”. Se despertaron los sirvientes, ladraron furiosamente los perros. Bolívar tenía su habitación en el piso alto, al fondo. Por la ancha escalera de piedra, a saltos, avanzaron los conspiradores. Un joven oficial, Andrés Ibarra, que a toda prisa se había puesto la chaqueta militar, se opone fiero a los invasores. Le hieren, y rueda chorreando sangre. Al coronel William Fergusson, Carujo lo mata de un pistoletazo. Gritaban los sirvientes pidiendo socorro, les respondían con los mismos gritos contra el tirano, por la libertad. En cinco minutos el Palacio, que tenía patio y corredores de convento, se trocó en campo de batalla. Diríase que los asaltantes se divertían distribuyendo golpes y cuchilladas, como si no les corriera prisa en llegar a la alcoba del Libertador. Después de todo, ya podía *sentirse un prisionero*. Al fin, llegaron a la alcoba, y a golpes se anunciaron. No se les abrió de inmediato. Repitieron los golpes, y trataron de forzar las alas de la puerta gritando: “¡Dese preso! ¡Viva la libertad!”. Se abrió la puerta. La abrió Manuelita. Estaba sola. Los detuvo con imperio: “¿Qué quieren ustedes?”. “Buscamos a Bolívar”. “No está: ¡búsquenlo!”

La alcoba era pequeña, los muebles escasos. En pocos segundos se vio que Manuelita decía la verdad. Le preguntaron: “¿Dónde está?”, “Durmiendo”. “Llévenos a donde esté”. “Sí, pero a condición que no lo maten”. “Lo prometemos”. “Siganme”. Manuela se arregló ligeramente el traje, se pasó la mano por los cabellos. Quería salir a los corredores como una señora. Pero tampoco mostraba ánimo de demorar. Dieron una vuelta por los corredores, subieron, bajaron. “Creí que estaba aquí”, “Estará allí”, “Aquí le dejé”, “Sin embargo, vamos a ver...” hasta que volvieron al punto de partida. Entonces, con una sonrisa de triunfo les abrió la ventana, y les dijo, reventándoles el sarcasmo en la cara: “¡Por aquí salió, no sean idiotas!”. Y soltó la risa. “Ahora, si les da la gana, mátenme”. El más bárbaro avanzó, la tiró contra el suelo. “Mátenme, cobardes”, les gritó. “Maten a una mujer”.

Escribe Manuelita: “El 25 a las 6 me mandó llamar el Libertador. Contesté que estaba con dolor a la cara; repitió otro recado diciendo que mi enfermedad era menos grave que la suya... Cuando entré estaba en el baño tibio; me dijo que iba a haber una revolución... Me hizo que le leyera durante el baño... se durmió profundamente... Serían las 12 de la noche cuando latieron mucho dos perros... Se oyó algún ruido extraño que debe haber sido al chocar con los centinelas pero sin armas de fuego... Desperté al Libertador y lo primero que hizo fue tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta, lo contuve y le hice vestir lo que verificó con mucha serenidad y prontitud. Me dijo ‘Bravo, vaya pues, ya estoy vestido, ¿y ahora qué hacemos?’... Volvió a querer abrir la puerta y lo detuve. Entonces se me ocurrió lo que había oído al mismo general un día. ¿Usted no le dijo a don Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?. ‘Dices bien’, me dijo y fue a la ventana. Yo impedí que se botase porque pasaban gentes y lo verificó cuando no hubo gente y porque ya estaban forzando la puerta...”

Boussingault cuenta que le decía Manuelita cómo lo había inducido a que de un salto saliese por la ventana y se fugase: “Figúrense que quería defenderse. ¡Dios mío! ¡Qué divertido: en camisa y espada en mano! ¡Don Quijote en persona! Si no lo obligo a irse por la ventana, lo matan”.

Más veloces que el Libertador, salieron a esconderse los conjurados. Disfrazaron la huida con los gritos de “¡El tirano ha muerto! ¡Viva

la libertad!”. En realidad, no les quedaba sino la libertad de la fuga. Al amanecer, los toques de la diana indicaban que la revolución estaba liquidada, y Bolívar otra vez en el Palacio. Escribe Manuelita:

“Para no ver curar a Ibarra me fui hasta la plaza y ahí encontré al Libertador, a caballo hablando con Santander y Padilla, entre mucha tropa que vivava al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo: ‘Tú eres la Libertadora del Libertador’”.

6

Manuelita apenas pasa de los treinta años y tiene energía, vitalidad de veinticinco. Puede hacer diabluras. Mantiene un espíritu de coquetería y de pelea. Dicen que ha enamorado al doctor Chayne. Le enseña con gusto las pantorrillas a Boussingault, organiza una fiesta al Salto de Tequendama en que después de una espectacular caída del caballo —iba vestida de oficial, con bigotes postizos—, ya en plena recuperación de sus encantos femeninos forcejea al borde del abismo con el doctor Chayne y Boussingault con tal riesgo que poco faltó para que la juega terminara para los tres, en el fondo de la muerte. Un día le dicen que se están montando en la Plaza Mayor unos castillos de pólvora en que el pirotécnico hará aparecer en luces de colores, caricaturizado, a Bolívar. Toma en el acto su lanza, monta a caballo, y hecha un Quijote desboca la bestia, embiste el castillo y lo echa por tierra.

Bolívar tiene cuarenta y cinco años y parece de sesenta. La Libertadora ha salvado a un Libertador que ya camina, bajo los cielos del plomo, para subir al carro de la muerte. Su gloria fulgurante es una antorcha que se mueve entre las sombras. La propia estrecha caja de su cuerpo menudo tiene las resonancias de la tos que le arranca los pulmones. Todo el mundo libre se le hace pedazos entre las manos. Las provincias del sur se le sublevan. El Perú se torna en un país abiertamente hostil. En la Nueva Granada no le aman. De Venezuela le anuncian que no quieren verle más. Cuando monta en su caballo, y a saltos del diablo se mueve por este ajedrez de la muerte, las llamaradas que le dan en la cara de cobre le muestran como a un fantasma de la locura.

Manuelita y “su” Libertador, en la quinta de las afueras de Bogotá, se mueven bajo los pinos y cerezos con pasos que se apagan sobre la tierra

desnuda. El sol frío, que salta entre las ramas como mariposas de oro viejo, tiene el fuego de la gloria distante, de la gloria futura, del pasado maravilloso cuando Bolívar desataba los ejércitos gritando en proclamas de clarín: “¡A la carga, a la carga, que galopamos bajo bosques de laureles!”. ¡Qué delicioso bordón para andar por estos jardines de tristeza el brazo fuerte de la amorosa loca! Se animaban con ofensivas artificiales. Manuela hablaba de ahorcar a Santander, de fusilar a los conspiradores, de aplastar a los rebeldes. Bolívar ordenaba a los sargentos que le tuviesen listo el caballo, listas las pistolas, en orden el uniforme. Cuando volvía a la quinta, dictaba cartas, cartas, muchas cartas, como lo hizo siempre a lo largo de una vida en que peleó tanto con la pluma como con la espada. El 25 de septiembre de 1828 escapa Bolívar de una conspiración, el 18 de diciembre de 1830 muere. Entre estas dos fechas discurre todo el drama de la melancolía.

Escribía Bolívar a sus amigos:

“Bogotá, octubre 16, 1828. La conspiración se va analizando y castigando. Han sido fusilados catorce: entre ellos el general Padilla y el coronel Guerra han sido ahorcados, y más de veinte han sido confinados... Del general Santander no puedo aún decirle lo que pueda resultar... Será expulsado por lo menos”.

“Octubre 23. En este momento he recibido noticias de Popayán en que me dicen que un coronel Obando se había sublevado en los pueblos de Patía, proclamando la Constitución de Cúcuta. Tengo, pues, que mandar algún refuerzo a apaciguar a Popayán y castigas a aquellos facciosos. También temo que los peruanos aprovechen la ocasión de atacar nuestro ejército del sur”.

“Octubre 29. Pienso formar un ejército de reserva contra el Perú”.

“Octubre 30. La Mar ha dado una furiosa proclama contra mí. He dado el mando del sur al general Sucre con facultades para hacer la guerra o la paz y cuanto tenga por conveniente. Nuestras tropas montan a 6.000 veteranos capaces de resistir al Perú”.

“Febrero 5, 1829 (De Popayán). Cuando el pueblo me confirió los poderes extraordinarios no estaba la república en la horrible situación en que se halla y, sin embargo, conocieron que era preciso un poder casi absoluto”.

“Junio 10 (De Riobamba). Me han llamado tirano y los hijos de nuestra capital han tratado de castigarme como tal. Por otra parte, a mí nadie me quiere en la Nueva Granada, y casi todos sus militares me detestan...”

“Agosto 15 (De Guayaquil). Me parece que veo ya desatarse todo el infierno de las abominaciones contra mí”.

“Septiembre 28 (De Babahoyo). Córdoba anda de misionero de división y de rebelión. Por donde pasa deja escandalizados a todos... Yo pienso mandar a Silva con algunos cuerpos al Cauca. Yo me iré luego para esos infernales lugares donde no hay más que odio por todas partes... No tengo quien me escriba. Soy demasiado flojo para poder llevar mi correspondencia con mi mano; no sé tampoco y me canso”.

“Diciembre 6 (De Popayán). Recibo la carta de usted (Dr. de Almas) sobre las minas. Abandone usted mi defensa, y que se apoderen de mi propiedad el enemigo y el juez. Yo los conozco. ¡Infame godó! No haga usted más en el asunto. Yo moriré como nací: desnudo. Usted tiene dinero y me dará de comer cuando lo tenga. Yo no puedo con el oprobio que me causa esta maldita causa de la patria”.

“Diciembre 27 (De Buga). Muy irritado me pusieron las pasquines y las torpezas que se publicaron en Caracas contra mi reputación, calumniándome con pensamientos indignos de mi gloria y de un hombre que lleva por título guerra a los tiranos, que es lo mismo que Libertador... Mucho deseo ir a Caracas para ver en qué quedan mis minas de Aroa; pues no quiero perderlas, quedándome en la calle como un indigente y tramposo, después de haber tenido toda mi vida con qué comer. Además, no sé con qué me he de ir de este país el día que sea preciso”.

“Marzo 8, 1830 (De Fucha). Yo no estoy resuelto a irme de Colombia, a morir de tristeza de miseria en los países extranjeros. ¡Ay! Mi aflicción no tiene medida, porque la calumnia me ahoga como aquellas serpientes de Laocoonte”.

“Mayo 11 (De Guaduas). Al fin he salido de la presidencia y de Bogotá, encontrándome ya en marcha para Cartagena con la mira de salir de Colombia y vivir donde pueda; pero como no es fácil mantenerse en Europa con poco dinero, cuando habrá muchos de los sujetos más distinguidos de aquel país que querían obligarme a que entre en la sociedad de

alta clase, y después de todo he sido el primer magistrado de tres repúblicas, parecerá indecente que vaya a existir como un miserable...”

“Mayo 1 (De Guaduas, a Manuelita). Mi amor: Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío: mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos, perdiéndote tú. Soy siempre tu más fiel amante. Bolívar”.

7

Siete meses más tarde, agonizando ya Bolívar en la quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta, no le dejaban casi respirar los oficiales echándole el humo de los tabacos en la cara. “Váyanse a fumar al corredor”, les dice el enfermo. Y uno de los sarcásticos militares: “No le fastidiaba el humo a Su Excelencia cuando el humo era de Manuela”... Por entre las nubes azules de los tabacos, el Libertador vio con la imaginación sonreír a su Libertadora, y dijo simplemente: “Ah, mi Manuela...” A los pocos días moría, después de haber dicho: “Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, bajaré tranquilo al sepulcro”...

A Bogotá llegaban con retardo los correos. Manuelita esperaba con angustia las noticias. Se hacían circular rumores de que el Libertador había muerto. Montó su caballo, y a galope bajó por el camino de piedra que del altiplano llegó al fondo del valle por donde corre el Magdalena. Las horas se le hacían siglos. Cuando, ya a la orilla del río, preparaban la balsa cubierta con un sombrío de palmicha, y las formidables bogas de ébano se alistaban para agarrar las palancas y bogar, bogar, llegó un correo de Santa Marta. Traía una carta para Manuela de Perú de Lacroix. Le anunciaba la muerte del Libertador. Sollozando, Manuela montó de nuevo en su caballo, y con el alma desgarrada tornó a Bogotá.

8

Muerto Bolívar, la Nueva Granada llamó a su antiguo presidente, al general Santander, desterrado en Europa, para que se encargara otra vez del gobierno. Manuelita despertó a su antiguo odio. Su casa se convirtió

en el foco de la oposición, y de las conspiraciones, no lo ocultaba. El disimulo no fue precisamente su rasgo distintivo. El gobierno no lo pensó tres veces. Manuelita fue deportada a Cartagena. De Cartagena pasó a Jamaica. Iba como repasando los pasos de Bolívar. En Jamaica encontró protección justamente en Maxwell Hyslop, el amigo de Bolívar en los días en que desde esa misma isla Bolívar escribió el más famoso de sus documentos políticos: la carta a un ciudadano inglés. Pero Manuela volvió los ojos a su tierra. Al Quito de su infancia, de sus primeras aventuras galantes, de su encuentro con Bolívar. Después del cielo, Quito, y en el cielo un huequito para ver a Quito... Le escribió el presidente general Flores, su amigo. Pocos meses después, Manuelita bajaba del barco en Guayaquil. A caballo, se dirigió a Quito. Llegó hasta el pueblecito de Guaranda. Flores ya no era el presidente, y el nuevo gobierno la hizo detener en Guaranda. Regresar a Guayaquil. Tampoco querían en el Ecuador que la adorable loca montara el polvorín. Manuela protestaba, argüía, forcejeaba, pero al final tenía que someterse. Se sometió en Bogotá, se sometía ahora en Guayaquil. En barco, tuvo que salir para el Perú. ¿A Lima? No. A un minúsculo pueblo, a un puerto olvidado, Paita.

Si no viene la difteria, Manuelita muere hecha un bejuco, de vieja. Diecinueve años pasó en Paita, donde ya no había contra quien conspirar. Llegaban los marinos, pasaban los pescadores, y ella... Vendiendo tabacos en su tienda. Tabacos, panes de azúcar, velas... Era una leyenda echada por la marea de la vida a una costa perdida. Un día llegó a verla Giuseppe Garibaldi. Garibaldi sabía mejor que nadie lo que es una compañera americana. Otro día llegó don Ricardo Palma, el zorro compenedor de las tradiciones peruanas, que hilvanaba los cuentos y hacía de ellos tejidos de enredos deliciosos. Otro día, un loco famoso, que acabó como Manuelita montando una tienda en una aldea: don Simón Rodríguez, el maestro del Libertador, el más activo y afortunado discípulo que tuvo Rousseau en el Nuevo Mundo, el que llevó a Bolívar a jurar en Roma, sobre el Aventino, por la Independencia de América. Como Manuelita, don Simón Rodríguez estaba fuera de la circulación, y se puso a vender velas diciendo: "Si no he podido con las escuelas ilustrar a estos americanos, al menos les ayudaré a darse luz con las velas".

Un día recibió la noticia de que su marido, James Thorne, había muerto asesinado. Dejaba una suma de dinero para Manuela. La pobre Manuela no la aceptó. La única razón de su vida eran sus recuerdos. La mayor parte de ellos se los llevó a la tumba, los quemaron las llamas, se perdieron con sus cartas. La bravísima amazona, la violenta apasionada, la astuta luchadora, vio venir la vejez tranquila, vio llegar la muerte callada, encendiendo un tabaco cuando caía la noche. Un botoncito rojo que parecía y desaparecía en las sombras. Como su corazón.

Las protagonistas

MARY FERRERO

La esposa del doctor Thorne: la eroticidad sin genio

Manuelita Sáenz, la sorprendente quiteña de profundas y demostradas convicciones revolucionarias, que atravesó la geografía latinoamericana del siglo pasado participando en la gran pasión libertaria de la gesta independentista, ha causado más de un dolor de cabeza a los acartonados miembros de nuestras sociedades bolivarianas, por la obstinada indiscreción de algunos biógrafos.

Su conducta, que jamás se acomodó a ningún convencionalismo, su coraje y decisión vitales no se avienen, ciertamente, a lo que para estos celosos conservadores de una imagen depurada del Libertador y su entorno conviene para la mujer que inevitablemente tiene que acompañarlo en las páginas de la historia.

La aparición de la novela de Denzil Romero *La esposa del doctor Thorne* ha exacerbado nuevamente viejas angustias en esos adustos ambientes. Pues Denzil recrea, con insistente apoyo documental y provisto generosamente de su característica modalidad barroca del lenguaje, la probable y devastadora vida sexual de la Libertadora, a quien Bolívar denominaba “la adorable loca”.

Diversos datos históricos, pero en especial los del discutido Bous-singault, sirven al autor, al amparo de la existencia de un mito histórico de enormes proporciones, para estructurar una novela apta para concursar —y ganar— el prestigioso premio español de literatura erótica La Sonrisa Vertical. Vale decir, la novela de Romero tiene en equilibrada proporción los eternos y limitados temas de estas obras: ninfomanía, incesto, masoquismo, lesbianismo y otra vez ninfomanía... etc.

El personaje se presta, es cierto, para tal motivación novelística: Manuela Sáenz, es indudable, defendió su independencia sexual como uno de los aspectos de la personalidad que debe desarrollarse fuera de las trabas que una sociedad opresiva impone, pero incluye esta proporción en

un contexto de liberación decididamente integral. De semejante actitud hace Denzil personaje sexomaniaco, sin que, al relatar sus incansables, impresionantes y llamativas aventuras amorosas logra imprimirle al mismo una verdadera grandiosidad erótico-amorosa, la dimensión que aún soslayada, prevalece en los documentos históricos.

Porque existe algo de lo verdaderamente trascendente del mito de Manuelita Sáez que se pierde en *La esposa del doctor Thorne*, como si el autor, tras la avidez del suceso que toda obra de esa naturaleza inspira, hubiese perdido de vista su objetivo verdadero y se hubiese dado a construir una novela de endeble estructura, torpe en muchos aspectos —comparaciones fuera de lugar del personaje con Greta Garbo y aun con Brigitte Bardot, tildar a un caballero de comienzos del siglo XIX de *latin lover*, o ambientar escenas con música de Chabuca Granda—, una novela descuidada con ese gran don creativo del autor, el lenguaje, que no ha sido trabajado suficientemente para lograr aquella tersura compleja y aquellas sonoridades múltiples y deslumbrantes de sus anteriores obras de relatos.

La esposa del doctor Thorne podría, sin ese apoyo, resultar un tedioso manual de depravaciones poco novedosas.

Sobre *La esposa del Dr. Thorne*: en defensa de Manuela

CECILIA SÁENZ

La verdad es que me ha tomado demasiado tiempo para escribir estas líneas si se considera que me tomó segundos sentir que todo se agitaba dentro al leer hace más de un mes el comentario de Alfonso Rumazo sobre el “libro” escrito por un señor Denzil Romero sobre Manuela.

En ese minuto sentí que tuve sobrada razón cuando, hace casi ocho años, en un artículo publicado en una revista venezolana, ejemplaricé a Manuela ante los ojos de las mujeres que no tiene el suficiente coraje para enfrentar a la vida sin la muleta de “ser la señora de”.

Y es que hasta ahora me había enfadado que las mujeres de las sociedades en las que vivió Manuela y algunas de la actual, la hubieran criticado por su relación con Bolívar, haciendo caso omiso de lo que históricamente representa su paso por la vida, porque Manuela ha sido un símbolo de americanismo único y de libertad. Nunca, hasta ahora, imaginé que se llevaría a la cima que hoy se ha tocado.

No sé si mi ira frente a las injurias del señor Romero se deben a que soy mujer, a que soy americana o a que soy Sáenz, tal vez un poco a las tres cosas o, quizá, más simplemente, a que ninguna persona en su sano juicio puede dar crédito a las palabras nacidas en una mente retorcida y probablemente encasillada en busca de un jugoso lucro a cualquier costo.

Desde pequeña me fascinó la figura de Manuela: femenina, inteligente, perceptiva y sobre todo con una personalidad que muchas veces reemplazó a las armas que usaba, con maestría, para defender sus ideales de libertad y al hombre a quien amó por sobre todos los prejuicios y dificultades propias de la gesta de emancipación y de la época.

Hablar del honor de Manuela revela muchos complejos que van desde el chauvinismo más arraigado hasta el de inferioridad que probablemente se trata de superar a través del ataque.

Si hoy en día se hiciera un muestreo entre las mujeres ecuatorianas, encontraríamos en muy pocas las cualidades que Bolívar encontró en Manuela hace ciento cincuenta años. Objetivamente, es muy difícil dejar

una vida de comodidad y tranquilidad para lanzarse a una aventura en la que, aparentemente, hay mucho que perder y casi nada que ganar. Desde luego, mucho depende de lo que uno califique como “ganancia”.

Esa asociación inmediata del nombre de Manuela con el Libertador me hace rechazar aún más la mente gusanil del señor Romero. Es que simplemente no puedo admitir que aquel genio universal, Bolívar, hubiera podido soportar una situación como la que se plantea en su relación personal. Por el otro lado, las agallas que Manuela tuvo para enfrentar los cánones de la época, se habrían debilitado de mediar una conducta prostituida. Inclusive hoy, podemos cómo el poder se debilita cuando la moral de quien lo ejerce está en entredicho.

Las “ganancias” del señor Romero se limitarán al dinero que consiga con la venta de su pornografía. Del lado de Manuela, sus palabras no la harán perder y respecto a ganar, ganó hace ciento cincuenta el tesoro más grande que pudo poseer el propio Bolívar: la llamó “Libertadora del Libertador”, habiendo pasado a formar parte de la historia que respetan muchos pueblos que buscan cómo perennizar la figura de la singular ecuatoriana, restaurando sus viviendas, rescatando cualquier objeto que hubiera quedado después de sus días.

Para mí, como mujer y como ecuatoriana, es un orgullo llevar el apellido de Manuela, lamentando, como la que más, no poseer alguna de sus extraordinarias cualidades.

Un intento de dañar la imagen de Manuela Sáenz

JENNY LONDOÑO

La vida de los grandes hombres que han pasado a la historia, no está exenta de penurias, envidia e ingratitudes. Sin embargo, en el caso de mujeres que osaron romper los patrones tradicionales de comportamiento, esta realidad adquiere visos patéticos. A aquellas mujeres que desafían los mandatos inculcados casi desde la cuna, que han pensado con cabeza propia, que han defendido una causa en términos de igualdad con los hombres, les espera la difamación, el desconocimiento total y la más despiadada soledad.

Este es el caso de una de las mujeres más destacadas de su época: Manuelita Sáenz. Rebelde, inteligente, culta, sensible y bella, jugó un papel protagónico como activista de las luchas libertarias contra España, a pesar de llevar en sus venas sangre española.

Fue condecorada con la orden peruana de los Caballeros del Sol, en el grado de Caballeresa, por el Protector San Martín, en reconocimiento de sus múltiples servicios a la Independencia del Perú y convirtiéndose en la compañera inseparable de Bolívar, por cuyo amor dejó a su esposo, el inglés James Thorne, a quien estaba unida por un matrimonio concertado por la familia.

Su relación amorosa con el Libertador Simón Bolívar le valió las más amargas críticas, calumnias y desprecios por parte de la hipócrita y gazmoña oligarquía criolla, de lo cual Manuela no hizo caso jamás, habiendo sido hasta la muerte del Libertador su secretaria, amante, confidente, consejera y más fiel colaboradora.

La vida de Manuela estuvo signada por el sufrimiento y la soledad. Nacida de una relación extramarital, conocería desde tempranos años el desprecio de la prejuiciada sociedad quiteña y el desamor de su padre.

La sociedad en la que creció no era ningún dechado de virtudes. Muchos cronistas de la época, entre ellos, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, relatan con pelos y señales la tremenda descomposición social que reinaba en estas tierras de América, de la cual no se escapaban europeos,

criollos, curas, monjas ni seglares. Esta fue la sociedad que constituyó su primer ejemplo y que más juzgará a Manuela. Empero, la Sáenz recibió también lecciones de valor y heroísmo que contribuyeron a formar su carácter y que, seguramente, determinaron que, en vez de convertirse en fatua cortesana o anónima matrona, fuera heroína.

La revolución quiteña iba a ser una experiencia fundamental en su formación. Alfonso Rumazo, en su biografía de Manuela, la describe así: “La revolución de Quito está consumada, pero solo como simple atisbo de Independencia total. El resto es cuestión de meras disposiciones militares: prisión y destitución del presidente Ruiz de Castilla...; vigilancia a muchos en sus propias casas, pero de modo especialísimo a Simón Sáenz, uno de los más petulantes *españoles de Europa*, furioso enemigo de los sublevados... entrado el día, Simón Sáenz es conducido a la cárcel con varios otros; noticia que pone en el espíritu de Manuela emociones contradictorias, inquietantes. Su padre es el enemigo de los patriotas, su madre están entre los patriotas, sus hermanos también... Manuela, seguramente no reacciona en el sentido de la compasión; probablemente de esta primera experiencia saldrá aquella frase amarga que estampará en una carta a Bolívar en marzo de 1828: “Este es el pensamiento más humano: que mueran diez para salvar millones”. Esta afirmación por sí sola da cuenta del espíritu extraordinario de Manuela.

La historia oficial, con una mentalidad pacata, ha mantenido el nombre de Manuela Sáenz en discreta oscuridad y ha optado sistemáticamente por disminuir la importancia de sus ideas, de su actividad política, de su compromiso con la causa independentista y de su valor como mujer librepensadora, dueña de su destino: primera feminista de América, porque su vida —además de contribuir un ejemplo de compromiso político— fue un permanente desafío a las normas convencionales de la decadente sociedad colonial.

Manuela Sáenz y sus destierros

EUGENIA VITERI

Muy joven aún Manuela palpa la realidad que sobrelleva el indio, el mestizo, el hombre común. Los que trabajaban para su padre, para los amigos y vecinos. Ofendida por esos dramas cotidianos, irritada porque sabe que el fuerte es siempre el jefe, dedica lo mejor de su vida a luchar por la justicia tan disminuida.

Antes de conocer a Bolívar, se vincula en Lima con el general José de San Martín y colabora activamente con él. Recaba fondos para ayudar a la campaña independentista. Organiza a las señoras entusiastas en unidades de lucha. Asesora y dirige voluntarias que recogen paños y más telas para la confección de uniformes que requiere el Ejército Libertador, cubierto de harapos, combatiendo por parajes inhóspitos.

Se reconocen sus desvelos y en Lima es condecorada el 8 de octubre de 1821 por el general San Martín, con la Orden de Caballera del Sol.

Al concluir las batallas de Bomboná en Pasto, el año 1821, y la de Pichincha en Quito, el año 1822, se prepara el 16 de junio del mismo año, la entrada triunfal del Libertador a Quito.

Bolívar y Manuela se conocen y aman atraídos por ese ideal sublime que los lleva a transitar ocho largos años por el escabroso camino de los hacedores de nuestra historia. Ignoran el escándalo, algo más hondo ha empezado a crecer en ellos. Bolívar no se equivoca. Su pensamiento político, su acción libertaria encuentran a la mujer que junto a su capacidad de ser amoroso, íntegro y solidario, une el de poseer sabiduría, orgullo, rebeldía, esto último quizás tomado de la entraña materna. Hija de madre soltera y de padre casado que le impone frecuentar un hogar —el hogar de él— con mujer e hijos que a Manuela le son extraños. No debió ser fácil crecer entre dos hogares. En el de su madre generaba vergüenza por ser ilegítima y en el de su padre rechazo por ser intrusa. ¿Preterida o marginada? ¿Desterrada o proscrita? Vivió siempre una vida de dolor que no pagó su risa ni eclipsó sus sueños de triunfos ni la gloria de haber sido la mujer de Bolívar. Así pues, sus padres le ofrecieron el primer destierro.

Convertida en la amante de Bolívar, pero también en su amor, también en su amiga, Manuela vuelve a Lima donde las cosas se tornan difíciles para los amantes. James Thorne, el marido abandonado, exigía la presencia de Manuela en su hogar.

Al cabo de cinco años de una constante actividad política, Lima decreta su primer destierro el 25 de enero de 1827 en que detecta una conspiración contra el Libertador ausente en Venezuela. La insurrección es dirigida por el coronel José Bustamante, jefe de Estado Mayor de la Tercera División de Colombia acantonada en Lima. Un cambio de gobierno se produce en el Perú, que ahora rechaza la Constitución de Bolivia que se implementaba en todo el país. Amigos y allegados al Libertador, son aprehendidos y Manuela ve fracasado su intento de forjar una contrarrevolución. Apresada en un monasterio, es expulsada posteriormente.

Meses después, encontrándose Manuela en su terruño, recibe desde Bogotá esta carta:

Septiembre 11 de 1827

A Manuela Sáenz:

El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida al que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte, apenas basta una distancia. Te veo, aunque lejos de mí. Ven, ven, ven luego.

Tuyo del alma

Bolívar

La respuesta tardó treinta y nueve días, en los que recorre 1.500 kilómetros a caballo por caminos abruptos plagados de peligros.

La presencia de Manuela en Bogotá y en la casa de Bolívar, sorprendió a unos, irritó a otros. Las tensiones se agrandaron y se encendieron los odios en quienes, corroídos por la envidia, empezaban a mirar mal al Libertador.

Manuela cuidaba a Bolívar, atendía sus visitas e impedía que se lo molestara por futilidades. Mas no podía disimular su desprecio para los que consideraba sus enemigos.

A raíz de que Manuela hiciera fusilar la imagen de José de Santander en la quinta Bolívar —lo cual desaprueba el Libertador, que confiaba en sus compañeros de armas— Manuela deja esa casa y se instala en la vecindad; necesitaba vigilar lo que sucedía a su alrededor.

Nada escapaba a esos oscuros de mirada prístina, con muchos enemigos, pero también muchos amigos e informantes por doquier, lo que posibilita a Manuela frustrar varios de asesinar al Libertador, incluyendo el del 25 de septiembre de 1828, cuando en actitud singular, le salva la vida.

El 8 de mayo de 1830, los amantes se despiden sin saber que lo hacían por última vez. Él parte sin aclamaciones, sin palmas. Bogotá ya no le ofrecía recepciones, la gloria del Libertador más grande de nuestra América india se había esfumado. Caviloso se aleja del escenario de la política y en una modesta mula inicia su autodestierro.

El blanco perfecto de todas las pasiones que no pudieron ensañarse plenamente en el Libertador, es Manuela. Sin familia, sin sustento seguro, con pocos amigos pero no disminuida, nunca vencida, jamás rendida, Manuela inicia una violenta oposición al gobierno del presidente Joaquín Mosquera. Anima a los partidarios de Bolívar y sirve de eje central del núcleo de personas que veían en Bolívar al salvador de la patria colombiana.

Enterada Manuela —a pocos días de la partida del Libertador— de que en la plaza de Bogotá celebraban la fiesta de Corpus con fuegos artificiales y muñecos grotescos que simbolizaban a Bolívar y a ella misma, se indigna y parte en su caballo junto a sus dos criadas negras: Nathan y Jonatás, rumbo a la mencionada plaza y derriba los muñecos a tiros. Se alzó la reacción para acusarla y esta fue muy dura, mas el presidente Domingo Caicedo impidió que se tomaran medidas contra ella.

Manuela continuó exaltando, defendiendo la memoria de su amado, consciente de que defendía la gloria de un genio.

Una nueva protesta surge casi de inmediato. Esta vez Manuela exige al ministro del Interior, Alejandro Osorio, la devolución de los papeles, libros y documentos que tomará del Archivo personal del Libertador de la casa de su sobrino Fernando Bolívar, de donde debía tomarlos Manuela para depositarlos en sitio más seguro hasta que el Libertador los reclamara.

Afiches, hojas volantes, Manuela se defiende y ataca. Su voz se escucha, su pluma vuela. Imposible permitir que se enlode un pasado glorioso.

Luego de un juicio breve, en agosto de 1830, a tres meses escasos de la partida del Libertador, sale de Bogotá rumbo a Guadúas, en cumplimiento de una ley que la confina.

En pocos meses retorna a Bogotá, donde encuentra una resistencia mayor y mejor organizada. Periódicos y revistas señalan su presencia en la capital como producto de la debilidad de las leyes. Una vez más, Manuela se defiende.

Informada por Perú de Lacroix (enviado por Manuela para auscultar el pensamiento político del Libertador sobre los últimos sucesos) de la agonía de Bolívar, sufre un tremendo impacto. Su primera reacción es el suicidio y se hace morder de una serpiente venenosa. Recuperada, vuelve al escenario político donde defiende con más pasión, con más fervor, la memoria del Libertador de sus enemigos ahora multiplicados.

Cuatro años después, comprometida en una conspiración que pretende derrocar al gobierno del general Santander, se le exige que abandone el territorio colombiano. Inútil resistirse, fingirse enferma, es apresada en la cárcel de mujeres junto a sus dos criadas y se la conduce luego a Kingston, Jamaica. Alrededor de un año y medio permanece allí y en 1835, resuelve volver a su lugar nativo. El gobierno de Vicente Rocafuerte impide en Guaranda que continúe su viaje a Quito y le prepara su último destierro.

Obligada a dejar su país, escribe a Juan José Flores, protestando por el abuso de autoridad de Rocafuerte.

¿A dónde ir con sus treinta y tres años y un cofre con documentos políticos, cartas de amor y acciones heroicas?

El Perú recuerda su aporte a la causa independentista y le concede asilo en el puerto de Paita, con instrucciones de no alejarse de él.

En el año 1837, dos años después de vivir en Paita, triunfan las gestiones de sus amigos ante el Congreso y le envían su salvoconducto, Manuela les agradece pero se niega a aceptarlo diciendo:

“Un terrible anatema del infierno, comunicado por Rocafuerte, me tiene a mí lejos de mi patria y de amigos como usted, y lo peor es que mi fallo está echado: a no regresar al suelo patrio, pues usted sabe amigo

mío, que es más fácil destruir una cosa que hacerla de nuevo. Una orden me expatrió, pero el salvoconducto no ha podido hacerme revivir a mis caras afecciones: mi patria y mis amigos...”

En ocho años turbulentos, de magnífica labor patriótica, Manuela padece tres exilios y un confinio que no destruyen ni su espíritu ni su fe en el hombre desde ayer anhelante de justicia.

Frente de Mujeres rechaza obra de escritor: en defensa de Manuela Sáenz

El Frente Continental de Mujeres por la Paz y contra la Intervención, ha emitido un comunicado, donde hace constar que “justamente cuando en el Ecuador empezamos a rescatar la memoria de Manuela Sáenz, un oscuro escritor y desenfadado machista pretende destrozar su imagen, con claros afanes mercantiles, presentándola como un monstruo de perversión”.

El escritor a quien se hace alusión es el venezolano Denzil Romero y su obra, *La esposa del Dr. Thorne*, que incluso se ha hecho merecedora en España del premio La Sonrisa Vertical, de conocido corte erótico. El libro, según se afirma, contiene una cadena de mentiras y obtusas elucubraciones sobre la vida de Manuela Sáenz, una de las mujeres más representativas de nuestro país, e incluso del continente, en la época gloriosa de la Independencia.

Cuestionado al respecto del fuerte contenido de su novela, Denzil Romero lo justifica al afirmar que esa es una de las formas de desmitificar héroes, pero en la realidad, es una posición antinacional y antilatinoamericana, afirman las declarantes.

“Cuando Denzil Romero dice que Manuela exploró el amor hasta sus más recónditos lugares, allí donde habita el incesto, e hizo suya la causa de la liberación de la mujer, simplemente revela su profunda ignorancia sobre lo que significa la liberación de la mujer; lucha social vigente en el mundo entero, y con mayor razón, en América Latina; cuestión que el autor confunde con la sumatoria de sus vituperios”.

La novela enfatiza, es calumniosa, además porque la mayor parte de sus afirmaciones no resistirán la más mínima constatación con fuentes bibliográficas serias. Algunas citas se las utiliza mañosamente para engañar al lector, otras veces relata lo que su febril imaginación elucubra, e incluso, se han tomado datos de autores que no ofrecen ninguna credibilidad, como el caso de Boussingault, que ha sido cuestionado por Waldo Frank, militante antibélico y luchador antifascista.

“En estos momentos, cuando el destino de América Latina depende de la constitución de una amplia unidad latinoamericana, asentada en las comunes luchas del pasado, una novela como *La esposa del Dr. Thorne* resulta lesiva a la conciencia nacional de Nuestra América, y propicia aquellas fuerzas neocoloniales que pretenden vaciar nuestra historia de trascendencia y humanidad”. Termina el comunicado, con el cual el Frente Continental de Mujeres por la Paz y contra la Intervención, expresa su público rechazo a la publicación de Denzil Romero.

Fundación Cultural Manuela Sáenz protesta ante opinión pública

Dejamos constancia de nuestra condena y rechazo al libro titulado *La esposa del Dr. Thorne* que ofende, de manera vulgar y cínica, a una de las protagonistas más esclarecidas de nuestras luchas libertarias, Manuela Sáenz, aunque su autor Denzil Romero, no deja de utilizar figuras como las del Libertador Simón Bolívar y el procurador José de San Martín, para volverlos esferpentos de su diatriba.

La calumnia persiguió a Manuela Sáenz durante su vida, porque era una extraordinaria mujer con pensamiento propio, que realizó la política revolucionaria, necesaria, en contra de la opresión colonial, y fue capaz de vencer los prejuicios de esa sociedad ya caduca, que nos negaba el derecho a la libertad. Romero acumula los traumas de un misógino retardatario y mediocre para renovar el odio antiguo. Lo hace de manera atroz y aleve, como solo lo consiguen los depredadores de oficio; pues, semejante daño no lo hicieron ni aun los enemigos realistas, en una época de desenfrenado machismo, ni lo consiguieron los conservadores historiógrafos que la desterraron de las memorias bolivarianas.

Somos los primeros en analizar el proceso de nuestra independencia de manera objetiva y bajo principios de respeto al conocimiento histórico establecido en serios procesos de investigación. Estamos lejos de la mistificación que eleva los héroes a solo sus estatuas. Pero jamás podemos permitir se les denigre con la mentalidad de quien manipula los hechos y los tergiversa sin escrúpulos.

Estamos lejos del subjetivismo chauvinista, mas es nuestro el impedir que los que combatieron y murieron por darnos patria y república, se conviertan en el botín del pirata, nos duele que el salteador sea un venezolano.

Nuestros respetos y admiración y ante ejemplos que prevalecen en esta hora de nuevas definiciones en América Latina, como los de Bolívar y su aliada en la lucha y la existencia, nos obliga a rechazar con indignación la conducta proterva, disimulada en la trampa de lo erótico para el

mejor consumismo de la mercadería libidinosa. Quien no se tiene conciencia histórica está presto a vender su alma al diablo. ¡Qué cobardía la de este Denzil Romero! Incapaz de seguir las huellas gloriosas, descarga sobre el nombre luminoso de esta excepcional patriota Manuela Sáenz —de quien dijera Garibaldi: “Es la más importante mujer sol siglo XIX, que he conocido”—, sus frustraciones y limitaciones.

Pero en nuestro país, al que también insulta Romero, precisamente en estos días, la ilustre Municipalidad de la capital de la República del Ecuador, acaba de honrarla dando su nombre querido a la casa del pueblo de Quito, con el fin de promover el rescate de la identidad nacional, en lo que a su cultura y artes populares se refiere. Así, la más ilustre de las quiteñas, presidirá el renacimiento del espíritu del pueblo al que ama.

NELA MARTÍNEZ
SILVIA OÑA DE LA REA
MARLENE ARBOLEDA
ALBA LUZ MORA
GLADYS MOSCOSO
JENNY LONDOÑO
PEDRO JORGE VERA
EUGENIA VITERI

Acuerdo Antibolivariano de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela

LEONARDO ALTUVE CARRILLO

Hondamente perturbada se encuentra la conciencia histórica de Venezuela y herido hasta la exacerbación el amor bolivariano del país por el decreto insólito de la Academia de la Historia, suscrito por unanimidad, según lo afirma el director de la Academia de la Historia, doctor Guillermo Morón, historiador y especialmente novelista, por el cual la ilustre corporación unánimemente se adhiere en decreto clamoroso y laudatorio a la literatura erótica del cuentista Denzil Romero, autor de la difamatoria novela *La esposa del Dr. Thorne*, en la cual degrada la famosa “Libertadora del Libertador”, y lo peor es que el libro en referencia, de vulgar y procaz erotismo, deja al Libertador no solo muy mal parado, sino simplemente como un corrompido y vulgar “tolerante” por no emplear otra palabra más denigrante. Jamás pensó el argentino don Vicente Fidel López que sus infames diatribas contra la moralidad del Libertador iban a ser superadas por una pluma venezolana con la aprobación unánime de la “Academia del doctor Guillermo Morón”.

El 4 de julio en *El Mundo* de Caracas la autorizada palabra del doctor Luis Villalba Villalba, llamado por el cardenal Quintero, “edecán vivo del Libertador”, anatematiza el decreto de la Academia y a su autor, doctor Guillermo Morón, con estas palabras: “Ahora bien, si aceptamos complacido que Manuela Sáenz fue una ramera insaciable que compartió el lecho con cuanto fraile halló, amén de refocilarse con amistades de su sexo..., si aceptamos —digo— estas y otras manifestaciones maliciosas en detrimento de la quiteña a quien Bolívar correspondiera con moneda de buena ley (esto es, parejo o mayor amor), habríamos de aceptar consecencialmente que también don Simón era un corrompido, un estragado”.

En medio es esta tormenta histórica que agita a Venezuela, desde la misma Paita, donde vivió sus últimos años y murió la célebre amante de Bolívar, y como caballeroso y trascendental resarcimiento histórico

del nombre de la quiteña, en gesto que le honra como señor y hombre de Estado, ordenó se investigara en todos los cementerios de Paita y sus alrededores para lograr halar los restos de quien fue: distinta y *Gran Signora*, al decir de Garibaldi quien la visitó en Paita, y en la desolación del abandono y la pobreza el romántico héroe de la unidad italiana le rindió la pleitesía de su homenaje, y en unidad ella a su amante, Bolívar, “*Gentil uomo de la liberta*”.

El presidente Alan García, con su reciente gesto, completa la patriótica obra histórica del presidente Velasco Alvarado, quien firmó el decreto preparado por la directora de la Casa de la Cultura del Perú, doctora Martha Hildebrandt, notable filóloga y autora alabada por Menéndez y Pidal —del libro *La lengua de Bolívar*—. Decreto que consagró como monumento nacional la casa que habitó doña Manuelita en Paita. Con este decreto, significativo de la gentileza y la gratitud peruana, el Perú sorprendió y homenajeó al expresidente, doctor Rafael Caldera, cuando este llegó a Lima para firmar el Pacto Andino. Después de tan simbólico acto, la doctora Hildebrandt ocupó la subdirección general cultural de la Unesco en París.

El insólito acto de la Academia Venezolana de la Historia, el primero antibolivariano que suscribe en su centenaria existencia, se ha interpretado como una maniobra de su director para trasladar el escándalo académico, por la demanda incoada con él por el exembajador de Venezuela, doctor Leonardo Altuve Carrillo, por supuestas irregularidades administrativas. Para quitarse esos dolores de cabeza, el director de la Academia transfiere su escándalo procesal a otro de mayor envergadura histórica que atañe y envuelve la egregia figura del Libertador.

El caso está cerrado

ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ

Con la decisión de la Academia de la Historia de Venezuela acerca de las graves ofensas al personaje histórico ecuatoriano Manuela Sáenz, constante en el libro *La esposa del Dr. Thorne*, del abogado venezolano Denzil Romero, puede considerarse cerrada la discusión en torno de esa obra. La Academia referida aprobó por unanimidad, el 17 de junio —según lo informa la prensa— el siguiente texto: “1. Rechazar la supuesta proposición de solicitar castigo como se hacía en tiempos totalmente superados en el mundo al que pertenecemos. 2. Ratificar la posición de la Academia de respeto a la cultura y a la libre expresión del pensamiento en cualquiera de sus formas, científica, tecnológica, literaria, artística, etc. 3. Expresar a Denzil Romero la solidaridad de la Academia en su condición de escritor, sin entrar a ponderar el contenido de la novela mencionada, pero sí expresar el aprecio que la institución tiene por su ejemplar carrera de escritor”. El fundamento para esta decisión académica fue una información publicada por el diario *El Nacional* de Caracas, cuyos títulos decían “La Sociedad Bolivariana del Ecuador pedirá al Gobierno venezolano castigo para Denzil Romero”.

Los dos meses de polémica sobre este asunto, en España, en el Ecuador y en Colombia —donde ha sido pulverizado el libro— terminan ya. En Venezuela no ha habido polémica; solo el abogado venezolano José Rivas en varios artículos se atrevió a disentir de los elogios que trajo la prensa para Denzil Romero; fue tal vez el único, junto con Oscar Rojas Jiménez. A mí que inicié en Venezuela la denuncia del libro y la defensa de Manuela Sáenz y del Libertador, también en varios comentarios, me dejaron solo, tanto oficialmente (Gobierno y Embajada), como ecuatorianamente.

El Ecuador en Venezuela y en muchos países, es una nación ausente, olvidada, así algunos intelectuales ecuatorianos hayamos hecho obra patriótica vasta y tenaz. En este absurdo dejarse ir el país ha venido por largo lapso. ¿Cómo no hallar lógico que llegada una hora crítica, como la

de Río de Janeiro, después de la invasión peruana, el Ecuador no tuviera naciones que lo respaldaran y defendieran? Se quedó solo; continúa solo, internacionalmente. Y es justo que así sea si no halla suficiente dignidad para lo propio, para el ayer.

Valga el caso para dejar nítidamente claras la historia y la novela; lo histórico sirve de fundamento, con frecuencia, para la novela histórica y para la biografía novelada; se forjan a veces monumentos, en este difícil hacer, como *Guerra y paz* de Tolstoi, *Enrique IV* de Heinrich Mann, *Napoleón* de Ludwig, *Balzac* de Stephan Zweig, *Historia de la Revolución francesa* de Adolfo Thiers (diez volúmenes).

¿Qué es lo histórico? Aquello que, importante, sucedió en el pasado, integradas todas las circunstancias, hombres, conflictos y acciones positivas y negativas que intervinieron en cada caso. Lo histórico está comprobado con documentos, aclarado con argumentos colaterales y explicado por lo circundante; significa fijación, por tanto algo verdadero, que ha sido investigado, discutido, aclarado; llega hasta el presente.

¿Y lo imaginativo? Aquello que el hombre inventa para ampliar y explicar mejor lo histórico recreando el ayer, complementándolo, iluminándolo, con el fin de que se vea más nítidamente, de cerca, o en perspectiva. La historia se llena de poesía, ciencia, descripción, análisis sociológico, psicología, deducciones y antinomias.

Estas nociones, meramente elementales, requieren complementación. Y valga, ante todo, este principio señalado por George Lukács: “La realidad, en su conjunto, es siempre más rica y más variada que la más rica producción creativa”. Lo real supera a lo imaginado, porque corresponde a la acción de una inmensa multiplicidad de fuerzas; en tanto que lo imaginado solo cuenta con aquellos que forja un cerebro a base de percepciones, intuiciones y deducciones. Las realidades no solo superan a lo imaginativo y mítico, sino que cuando se hace la mixtura o amalgama de las dos formas, la histórica predomina y los hace o debe hacerlo con sus integrantes necesarios; lo social —todo humano, todo ser histórico ante todo ente social—; lo popular con sus reacciones; el poder de lo activo sobre lo pasivo y lo neutro; la dinámica de las varias pasiones. Cuando se presentan personajes o hechos aislados, semisueños, no integrados en la historia e inconsistentes por lo mismo, se producen y publican disparates

como *La esposa del Dr. Thorne*. Si además de presentarlo muy incompleto, lo muy mutilado, se llega a falsear lo histórico, enlodándolo y echándolo a lo inundo, vulgar y banal, el producto carece ya de sentido literario. Nunca lo pornográfico fue otra cosa que pornográfico; lo saben bien los seguidores de Felipe Trigo, español, y del *Gamiani* del francés Alfredo Musset o de *Sinceridad sexual* de Shere Hite (1974). La editora española Tusquets —la premiadora de Denzil Romero— lleva publicados ya 57 libros de solo erotismo. Los pornógrafos basados en lo histórico alteran el orden y sitúan los extractos de la fantasía como infraestructura.

Hay que anotar que la Academia de la Historia de Venezuela no se pronunció sobre el trato que a la Historia da Denzil Romero; ni analizó el libro en cuestión a pesar de su fondo pseudohistórico; solamente hizo de su autor, actuando la Academia con un sentido claramente nacionalista. En este campo, ya no caben discusiones. En el Ecuador se acostumbra, sobre todo últimamente, operar en sentido contrario: se deja que cualquiera ofenda a los valores históricos ecuatorianos; presente el hecho ofensivo, se guarda absoluto silencio en el oficialismo. ¡Manuela Sáenz continúa desterrada en Paita! Y el Ecuador una vez más abandona y es abandonado.

Publicado por el CENTRO DE ESTUDIOS SIMÓN BOLÍVAR
en junio de 2022
Caracas, Venezuela

MANUELA VIVE

Patriota con convicciones políticas arraigadas, Manuela Sáenz (1797-1856) fue uno de los pilares del Libertador Simón Bolívar en su campaña por la Independencia de Suramérica, tras su primer encuentro el 16 de junio de 1822 en la ciudad de Quito. Esta mujer de carácter singular, a quien el mismo Bolívar llamó “la Libertadora del Libertador”, no se dejó vencer por la hipocresía de una oligarquía que siempre la juzgó y excluyó por su condición de “hija ilegítima,” deseo de libertad y haber escogido ser la compañera sentimental del Libertador. Luego de la muerte de Bolívar, no desmayó en su lucha contra los antibolivarianos, a pesar de que esto significaría vivir más de un exilio, incluso en su propio país, hasta terminar en el puerto peruano de Paita, donde falleció. A doscientos años del encuentro de estas dos prominentes figuras del siglo XIX americano, el Centro de Estudios Simón Bolívar presenta esta compilación, donde se ofrece un recorrido por su itinerario vital y acciones libertarias.

